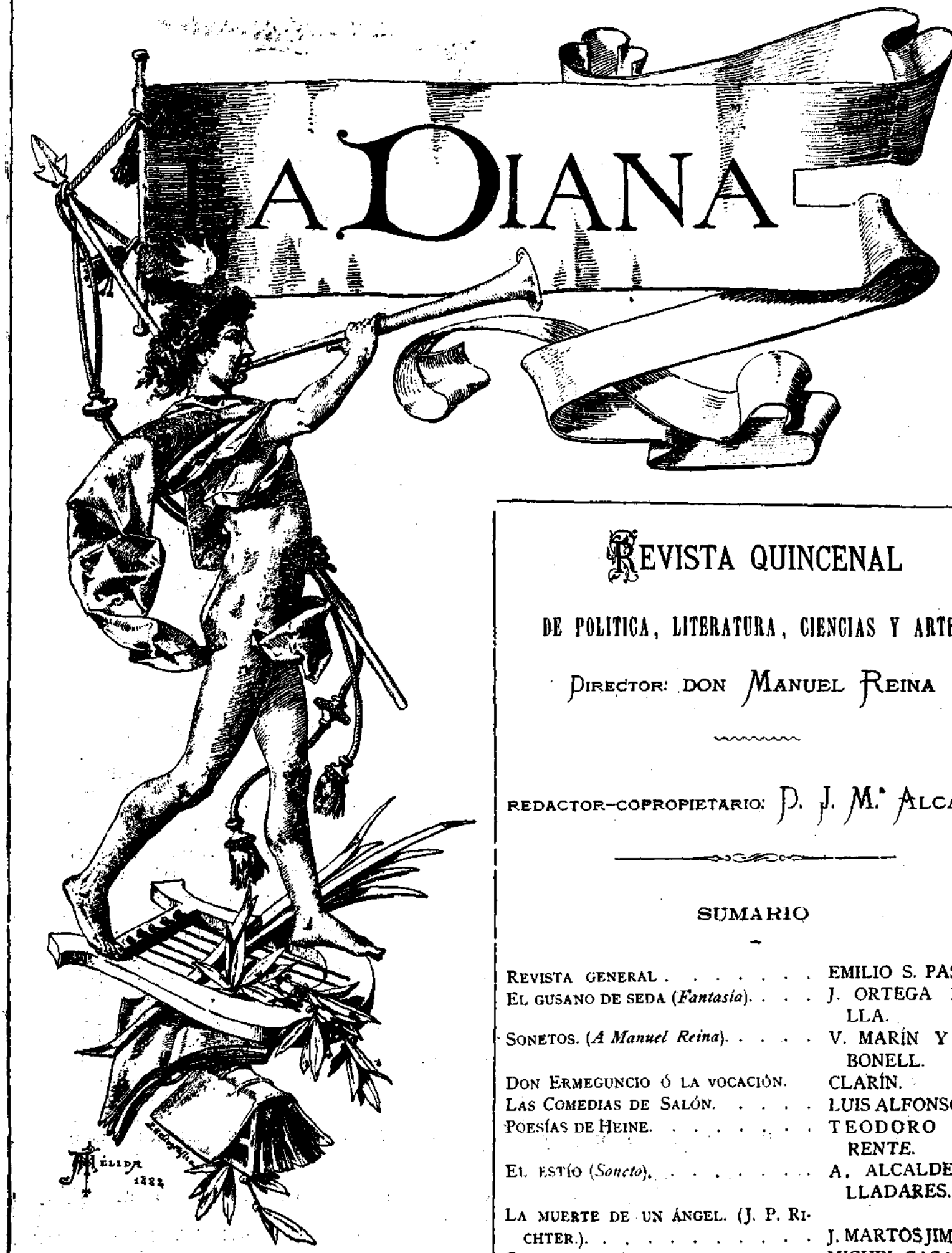
Año II MADRID 22 DE JUNIO DE 1883. Núm. 10.



REVISTA QUINCENAL

DE POLITICA, LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

DIRECTOR: DON MANUEL REINA

REDACTOR-COPROPIETARIO: D. J. M.ª ALCALDE

SUMARIO

REVISTA GENERAL	EMILIO S. PASTOR.
EL GUSANO DE SEDA (*Fantasía*). . . .	J. ORTEGA MUNILLA.
SONETOS. (*A Manuel Reina*).	V. MARÍN Y CARBONELL.
DON ERMEGUNCIO Ó LA VOCACIÓN.	CLARÍN.
LAS COMEDIAS DE SALÓN.	LUIS ALFONSO.
POESÍAS DE HEINE.	TEODORO LLORENTE.
EL ESTÍO (*Soneto*).	A. ALCALDE VALLADARES.
LA MUERTE DE UN ÁNGEL. (J. P. RICHTER.).	J. MARTOS JIMENEZ
CHARLATANERÍA.	MIGUEL CASAÑ.
AVALA (*Soneto*).	P. LANGLE.
POESÍAS, POR CÁRLOS FERNÁNDEZ SHAW.	JOSÉ J. HERRERO.
CANTARES.	NARCISO DÍAZ ESCOBAR.
NOCHE SERENA.	A DE LACROIX.

Administación: Plaza de la Independencia, 10, 3.º derecha

© Biblioteca Nacional de España

REVISTA GENERAL

La discusión de presupuestos, por lo general tranquila y sosegada, ofrece este año desusada animación en el Congreso; animación que no redunda por cierto en favor de la materia económica que se discute, y antes bien perjudica que favorece los intereses que son objeto de la deliberación de la cámara.

El presupuesto de la guerra parece haber sido acogido en el Congreso como lo fué en el seno de la comisión general para comenzar una campaña de hostilidad hacia el general Martínez Campos, que hasta el presente se ha desarrollado con escaso éxito, pero que tiene caracteres en su fondo y en sus detalles, dignos del mayor estudio.

Los adversarios del ministro de la guerra, los que hasta el presente sostienen la pelea, pertenecen todos á las izquierdas más ó menos avanzadas de la cámara; izquierdas entre las cuales hay algunas francamente republicanas, otras resueltamente monárquicas y algunas que permanecen envueltas en el misterio respecto de su creencia sobre instituciones fundamentales.

Entre estos diversos elementos predomina siempre el antiguo radicalismo, hoy repartido en todos los partidos políticos que están en juego, sin excluir ni los conservadores ni los pactistas que capitanea el Sr. Pí y Margall. Este radicalismo histórico, que forma el alma de todas las minorías de la izquierda de la cámara, parece obedecer á un signo de fatalidad que le impulsa siempre á la destrucción, que le lleva derechamente á socavar todo lo que es firme en nuestro sistema político, que le conduce á atacar precisamente á aquella persona, aquel grupo ó aquella institución que por las circunstancias ó los antecedentes históricos tengan una significación determinada de orden y permanencia.

¿Obedece á este instinto, digámoslo así, la campaña emprendida contra el general Martínez Campos en la actualidad?

Todo lo revela así: de un lado se observa que los impugnadores del presupuesto de la guerra se han ocupado poco de las cifras que lo componen, y en cambio han tratado extensamente la organización general del ejército, su misión y sus deberes, procurando hacer resaltar con hábiles razonamientos que la situación de la fuerza armada es hoy peor que nunca en nuestro país, y que el culpable de este estado de cosas es exclusivamente el general Martínez Campos. Valiéndose unos de la superioridad de la palabra, valiéndose otros de la ventaja que la oposición tiene para censurarlo todo y para exponer los mayores absurdos sin que cause asombro, se ha procurado herir y mortificar al general Martínez Campos con saña tal, que no parece sino que únicamente se atacaba, no al ministro de la guerra, sino al que por sus hechos y las circunstancias de que han sido rodeados ha llegado á tener la legítima representación del orden y la paz, consolidado en España después de un período como el de 1873, en el que el radicalismo histórico rompió todos los vínculos sociales y deshizo todos los organismos fundamentales del Estado.

Aun suponiendo que todos los partidos avanzados hayan decidido retirar su benevolencia, el momento escogido, la ocasión aprovechada para manifestar esta nueva actitud, tiene una significación de bastante trascendencia, una significación que no puede ocultarse á nadie, una significación de hostilidad descarada y descubierta á elementos que deben tener una legítima representación en un gobierno liberal y dinástico.

¿A qué otro móvil sino á este instinto, que parece guiar á determinados hombres á una perturbación constante, puede obedecer esta campaña?

¿Es acaso que el general Martínez Campos y los elementos que tienen idéntica procedencia han sido obstáculo para el desarrollo de los principios liberales dentro de la situación formada en Febrero de 1881? No puede esto negarse redondamente con sólo recordar lo ocurrido, con sólo tener en cuenta los hechos que han determinado la política del gobierno durante el período trascurrido desde que el Sr. Sagasta fué encargado de la formación del gabinete. El gobierno ha llevado casi todo su programa traducido en leyes al parlamento, y todas estas leyes han sido autorizadas y aprovechadas por los consejeros de la corona antes de ser presentadas á las cámaras.

¿Y qué leyes son esas?

El código civil, donde se establece el matrimonio sin la intervención de la Iglesia.

La ley de asociaciones, que por liberal no está ya aprobada á causa de los escrúpulos manifestados por algunos individuos de la comisión que ha de dar dictamen.

La ley de imprenta, que han votado las oposiciones más avanzadas y que ha defendido el Sr. Becerra, uno de los individuos del directorio de la izquierda.

La ley provincial, que también ha apadrinado la izquierda, poniendo su firma en el dictamen el Sr. Dávila y la democracia dinástica con la firma del Sr. Puigcerver.

La ley municipal, en la cual la corona se desprende en absoluto de la facultad de nombrar alcaldes.

El jurado.

Estas son las leyes que por el Sr. general Martínez Campos, como por todos los que forman el gobierno, han sido presentadas á las cámaras. ¿Se puede tachar de elementos hostiles á la libertad, se puede considerar como elementos de resistencia en el camino del progreso á los que han aprobado en consejo de ministros todos los proyectos ennumerados y otros muchos de la misma índole?

¿Serán más liberales las leyes que haga la izquierda, en el improbable caso de que fuera llamada al poder como partido para formar una situación?

¿Han sido más avanzadas las leyes que sobre todas las materias enumeradas han dado en 1873 los republicanos conversos que hoy constituyen las izquierdas más radicales de la cámara?

Que conteste la historia, que conteste aquella legislación misma por nosotros.

***

El hecho de haber sido denunciados algunos periódicos ante el tribunal de imprenta, en estos últimos días ha servido de pretexto para que algunos elementos avanzados hayan querido motivar en tales actos una actitud de enérgica hostilidad contra el gobierno. En nuestro concepto, carece de fundamento el hecho para determinar una nueva dirección en las actitudes de los partidos avanzados. Cierto es que la ley de imprenta de los conservadores no debía existir en los momentos presentes; cierto es que la situación actual no tiene autoridad para aplicarla, pero también es exacto que no tienen los gobiernos la culpa de que en materia de imprenta exista hoy una situación en cierto modo anómala é irregular. En la primera legislatura de las Cortes liberales, y en los primeros meses de ésta, el gobierno llevó al Congreso la ley de policía de imprenta, y al Senado el código penal en concordancia con ella. ¿Por qué no se han discutido? por las intemperancias de los disidentes que hoy quieren lanzar sobre el gobierno una responsabilidad que es de ellos exclusivamente.

El proyecto de ley de policía de la imprenta no se pudo discutir en la primera legislatura, porque en la comisión había individuos que hoy están con la izquierda, y que pepetuamente amenazaron con la presentación de votos particulares; lo mismo puede decirse que ocurrió en el Senado con el código, ayudando á todo el injusto clamoreo de una parte de la prensa, que en materia de leyes de imprenta parece que busca, ante todo y sobre todo, la impunidad. El gobierno, por estas circunstancias ha venido á quedar en una situación difícil, porque no tiene medios en el código vigente de impedir ataques de cierto género á las instituciones. El código del Sr. Montero Ríos es de tal naturaleza, que en unos casos es inaplicable á la prensa por su crueldad, y en otros deja impunes ataques que deben tener su sanción penal.

Así y todo, el gobierno no debe extremar en ningún caso la persecución contra la prensa; es preciso tener mucha serenidad en estos casos y mucha fe en la fuerza que la libertad presta á todos los poderes.

Los gobiernos avanzados deben huir de una tentación que tan expresamente advierte Julio Simón en su libro publicado recientemente.

Cada institución tiene su espectro, ha dicho el elocuente publicista francés; el espectro de la república es negro, y todos los ataques se dirigen al clero y á sus elementos similares en la sociedad; el espectro de la monarquía es el rojo, y todas las persecuciones se extreman contra los elementos avanzados desde los republicanos menos templados hasta el socialismo.

Pues bien; hay que huir de este fenómeno aunque haya pasado en algunos casos una ley política y social de ineludible cumplimiento; es preciso no asustarse de espectros; la monarquía aliada con la libertad es la sustitución más fuerte que puede establecerse en Europa cuando á su vigor histórico y tradicional se une la popularidad más

© Biblioteca Nacional de España

grande, como acontece con la monarquía de D. Alfonso XII; no hay que temer á los espectros ni siquiera á enemigos más reales y poderosos

***

El debate político está ya planteado; aprovechando la discusión de los presupuestos el Sr. Moret, ha comenzano la batalla, y el Sr. Sagasta la ha aceptado, aunque protestando por creerla innecesaria de todo punto, y más bien perjudicial que favorable á los mismos intereses que creen defender los izquierdistas.

El debate político en realidad no tiene objeto, porque nada hay que definir en la actualidad.

La izquierda no demostrará nada nuevo; se verá como siempre, que hay en ella dos tendencias; la que desea la unión con la mayoría, y la que inspirada en odios y resentimientos personales quiere la guerra y fuego á todo trance, aunque en la contienda se perjudique toda la familia liberal de la monarquía.

El Sr. Sagasta continuará la misma línea de conducta que se ha impuesto, y que consiste en la realización de todos los principios democráticos con ó sin el concurso de la izquierda. ¿Quieren los izquierdistas volver al campo que abandonaron? Vuelvan y darán mayor vigor á la situación actual. ¿Prefieren seguir en frente auxiliando á los conservadores? Sigan, que eso no impedirá que el partido liberal dinástico demuestre á los ojos de todo el mundo que es hoy la izquierda de la monarquía.

Esta es la situación del ministerio, esta es la línea de conducta que se propone seguir el Sr. Sagasta y en este terreno fuerte é inexpugnable puede aguantar con perfecta tranquilidad todos los debates que se intenten y todos los ardides á que se acuda.

EMILIO S. PASTOR

EL GUSANO DE SEDA

FANTASÍA

Alla, lejos, donde el rio tuerce en majestuosa curva, despeñándose loco y espumajeante desde la presa de Acabadómine, el agua se evapora, se enciende, se ilumina, se trueca en encaje, en caireles de cristal, en alambres de vidrio, en tirabuzones y espirales prodigiosos de luz..... en polvo argentino, en un una rizada cabellera blanca, que parece la de un dios de Siberia, ó en penacho plumoso del bridón fantástico de Neptuno. Queda á la derecha el lugarejo de Güerizo, que sólo existe en la geografía ideal para mis cuentos, y por mi capricho creada, y sus casas cubiertas de pajizo sombrerete humean por la chimenea, como un matón jacarandoso por las narices. Mi caballo iba cansado, yo hambriento, el calor era grande; la disposición del pueblo agradable y pintoresca..... ¡Qué mucho que diera con mi persona en una silla de lustrado nogal, instalada en el portalillo del mesón y pidiera de beber y despachara en breves y ansiosos tragos el contenido de un rústico jarro vidriado con manchas negras, que parecía el ánfora de Safo aforrada con la piel del tigre de Minerva!

En la vecina estancia, que detrás de flotante colgadura de percal se descubría, un rumor de hojas destrozadas se escuchaba. Era un roer de mil millones de pequeños dientecillos. Á veces se le tomaba por el morder del tiempo en el árbol del olvido; por la obra lenta, incansable, continua é invasora de la carcoma en los macizos de una puerta añosa de catedral. No era, sin embargo, ni una ni otra cosa. No era la obra de la muerte ni la obra del olvido. Era el primer aliento de una industria. El gusano de seda comía.

***

Yo no sé dónde fué. ¿En París? No, porque yo no he estado en París. Fué en España, en cierto *hotel* á la moda de veraniega ciudad que se adorna en el estío con las espigas de Ceres y los tules grises de la moda inglesa, donde ví yo á una dama delgadísima, esbelta, aérea, que al andar volaba, envuelta en un traje de raso blanco, lleno de encajes que por el seno se le escapaban en un á modo de desbordamiento de espuma nívea, ó más bien como las plumas sedosas de unas alas de paloma, mal escondidas dentro del traje de mujer. Lánguida la cabecita morena—en que los matices de la piedra cubierta de patina por el sol y el tiempo, y el dorado oscuro de los cabellos lasos y al desgarre peljeñados se confundían en uniformidad de tonos rafaelescos—sólo se movía para devorar con unos dientecillos como perlas yo no recuerdo qué pastel exquisito de *corbeches á la Montreuil* ó *perdreaux á la Balzac*. Pasó una hora y la dama seguía comiendo. Pasó otra y la voracidad de aquel ángel no se saciaba. Parecióme primero la musa del realismo inspirándose en los secretos de la repostería francesa. Después al ver su traje de seda, su aéreo perfil de hada, su languidez de ser medio adormecido, le puse un nombre poco galante, pero justo. Le llamé el gusano de seda.

***

Luego supe que aquella inocente criatura se había pasado la vida ¡oh candor! devorando caudales ajenos. Juzgad de su apetito: se había comido la fortuna de un lord y los sueños de un poeta andaluz, viandas de que ella decía en un cínico alarde de erudición culinaria:

—El alimento de los primeros años de mi vida ha sido: en un principio el jamón de York: luego el vino de Málaga.....

—¿Y ahora?

—Ahora..... ahora mezclo ambas cosas.

—¡Pobre lord!

—¡Pobre poeta! Oiga V. una máxima: Bienaventurado el rico, porque nosotras no le haremos traición mientras tenga dinero.

—¿Y si se le acaba?

—Se le olvida.

—¿Será V. capaz de esa acción?

—Yo soy capaz de todas las *acciones* desde que un opulento me regaló las que tenía en el Banco de Inglaterra.

***

Pero no olvidemos al gusano por seguir á la mariposa.

¡El gusano de seda! ¿Dónde esta? El señor..... no recibe. Se ha encerrado en sus talleres y trabaja sin descanso. ¡Mosquitos, mariposas, luciérnagas, diamantes con alas, lancetas volátiles, chupaderos de sangre..... huid de aquí! Es primo vuestro, pero os abomina. Él es laborioso industrial; vosotros los derrochadores de ajenos bienes, y mientras os bañáis en la luz, devoráis jugo de claveles y perdéis el tiempo dentro de las amapolas—¡las tabernas del reino alado y ornitológico!— él ha dispuesto sus telares, tendido sus hilos, enredado sus dedos ágiles en la trabazón delicadísima, y columpiándose en ella compone su obra, como un poeta compone sus versos tumbado en la móvil hamaca. El gusano de la seda se ha encerrado como un filósofo dentro de su propia obra.

***

¡Qué cuidado es preciso para que no se malogre esa menuda prole de insectillos! Vedlos despacio. ¿Quién diría que dentro de ese capullo duerme y medita el genio del lujo? Cada uno de esos elipses de dorado ó blanco vellón encierra el génesis de un vestido de seda. ¡Cuánta lágrima puede cubrir un vestido de seda! ¡Cuántas pobres mujeres, al mismo tiempo que adornaban con él la estatua de la vanidad, amortajaban el cadáver de su honra..... ¿Oís el ruido de esa falda de gro que se arrastra sobre el pavimento? Parece que se quiebra algo muy delicado y divino. ¡Es el ruido de la lluvia dando contra el muro; el ruido de otoño en los campos, cuando caídas las hojas, el viento las empuja al cementerio!

***

El gusano de seda en China es el segundo personaje del imperio. El primero es el elefante blanco. ¡Ved qué filósofo contraste! El gran monstruo comparte sus glorias con el vil gusanillo, como el sol con la luciérnaga. Cuidan del elefante los mandarines. Cuidan del gusano las vírgenes más bellas de la tierra celeste y el perfume de sus manos de rosa queda en la obra del tejedor de Pekín.

***

Retazos de pensamiento, trozos de frases, restos de ideas, recortaduras de sueños, principios de remórdimientos—ocasionados por el gusano de la seda.

—¡Aquella hebra de seda con que cosiste el botón del cuello de mi camisa, me atravesó el alma!.... ¡Y te casaste con Pedro! ¡Y me olvidaste!..... No digas que no: para ahogar á un hombre..... puede bastar una hebra de seda.

***

«Te he visto remendar la levita de tu padre, hermosa Eladia. He visto tu dedo índice, marcado con la huella de la aguja, y hubiese querido beber aquella gota de sangre que brotó de tu piel sonrosada al

© Biblioteca Nacional de España

pincharte. Contesta á mi amor. ¿No tienes tinta? Borda tu *sí* en un papel con una hebra de seda.»

***

«Ibas tú delante volando, con unas maravillosas alas de arcángel. De tu mano pendía un hilo de seda y á él iba presa una mariposa que era mi alma..... Fué un sueño, pero es una realidad. La hebra de seda con que me encadenas es aquella con que atas mis cartas.»

***

—La chaqueta es muy recia, Juan. No se puede coser con seda— dice una muchacha del pueblo, con cara de princesa á su tosco marido.

Lo mismo le sucede al alma del hombre brutal, con el alma de la mujer delicada. Ella es la seda, él es el paño recio. Dios y la ley les manda hacer ese dobladillo de matrimonio..... La hebra no puede más..... ¡y se rompe!

***

«He visto el cadáver de mis sueños..... ahorcado de un hilo de seda.»

***

«¡Cosías con seda azul!..... Hubiera jurado que cosías con hilos arrancados de tapiz celeste.»

J. Ortega Munilla.

SONETOS

Á MANUEL REINA

LA IMPRENTA

No sólo es el acero el que avasalla
Ó el yugo rompe de infecundos lazos,
Ni tan sólo el cañón hace pedazos
El valladar de fúnebre muralla.

La *Imprenta* desmorona sin metralla
Lo que otros no derriban á balazos;
¡La *Imprenta* es un gigante de mil brazos
Que gana cada día una batalla!....

Grandes victorias el saber le debe;
Ella da vuelo á lo que el hombre inventa,
Ella á los pueblos sin cesar conmueve.

Este siglo es de lucha y de tormenta.....
¡Las batallas del *siglo diez y nueve*
Las ganan los soldados de la *Imprenta!*

II

EL CARRO DE LOS TIGRES

Mirad el carro allí, nobles romanos
Que humilláis ante el César vuestras canas....
¡Conducen á Nerón fieras hircanas!
¡Sonríe el más crüel de los tiranos!

Hunda en la sangre con placer las manos,
Y suene el coro de lisonjas vanas,
Y denle resplandores *las humanas*
Antorchas de los mártires cristianos.

Dejad, matronas castas y severas,
Que el lodo os manche y el pudor emigre
De una ciudad de esclavos y rameras.

Un yugo hay sólo ya que no denigre;
¡Demasiado sabéis vosotras, fieras,
Que en ese carro que arrastráis va un tigre!

III

«¡FERI VENTRE!»

Rendid á un ser de majestad divina,
Caballeros de Roma, los servicios
Que, humildes, le debéis; pues hoy á oficios
Tan honrosos el César os destina.

Él lucha, y teme, y la cerviz inclina
Al peso triste de insaciables vicios;
Pero ¿serán romanos y patricios
Tal vez los asesinos de Agripina?

¿Será posible que el tirano fiero,
Para el oficio de verdugo, encuentre
En la Roma imperial un caballero?

Ya que no faltan ambiciosos, entre
el más vil á gritar; «¿En dónde hiero?»
Y rújale una madre: «*¡Feri ventre!*»

IV

AGRIPINA MUERTA

Como las flores que letal veneno
Llevan oculto en cáliz de amargura,
Era el cuerpo de pálida hermosura
Que yace estéril y de sangre lleno.

Tu muerte el César meditó sereno;
Pero antes de ofrecerte sepultura,
Con ansia horrible y con mirada impura
El hijo quiere examinar tu seno.

¿De tan crüel ferocidad te extrañas?
En tu seno traidor le diste vida,
Como abrigo al volcán duras montañas.

Es Nerón, el infame parricida:
¡El tigre contemplando las entrañas
Que un día le sirvieron de guarida!

V

DESOLACIÓN

¡Cuánta tristeza en el cenit nublado!
¡Cuánta nieve en los fríos peñascales!
La golondrina huyó; los vendavales
Hunden al buque en el abismo airado.

El horizonte que brilló azulado
Se ha cubierto de fúnebres cendales,
Y han vuelto los rigores otoñales
A herir la flor y á desnudar el prado.

Los vientos con sus alas plañideras
Se llevan los ropajes halagüeños
De verdes lozanías pasajeras.

Los árboles, un día tan risueños,
Van perdiendo las hojas postrimeras,
Cual los tristes sus últimos ensueños.

VI

EL AHORCADO

Un cadalso allí lejos, mucha gente,
Y más cerca, una niña temblorosa
En pos de un reo de mirada hermosa
Y con la luz del mártir en la frente.

Va el cortejo avanzando lentamente,
Y la mañana gime borrascosa,
Cual si anunciase, fúnebre y llorosa,
Que van á ajusticiar á un inocente.

Mirad el grupo aquél; allí el tablado,
Oscura y solitaria la campiña
En donde ha sido un hombre ajusticiado;

A los pies del cadáver una niña;
Sobre la faz siniestra del ahorcado,
Las nubes y las aves de rapiña.

V. Marín y Carbonell

© Biblioteca Nacional de España

DON ERMEGUNCIO Ó LA VOCACIÓN

DEL NATURAL

¿Cuándo y por qué se empezó á hablar de D. Ermeguncio en los periódicos? Nadie lo sabe; yo sólo puedo asegurar que siempre oí llamarle literato distinguido.

La vez primera que su nombre significativo sonó en mis oídos—por lo demás él era ya famoso—fué con motivo de unas oposiciones á una cátedra de psicología, lógica, y ética. Sí; yo lo ví en la *Gaceta;* estaba el último en la lista de jueces. D. Ermeguncio de la Trascendencia, autor de obras; D. Ermeguncio era, pues, ya por aquel entonces autor de obras.

Eran los tiempos en que mandaban los krausistas. Por aquella época todo se dividía en parte general, especial y orgánica. D. Ermeguncio había escrito una *Memoria sobre el arte de extirpar los caracoles en las huertas*; y una Sociedad de *Antropología general* le dió un *accesit* por su trabajo, que se dividía, no faltaba más, en parte general, especial y orgánica. Ignoro por qué una Sociedad de Antropología perseguía los caracoles; pero consigno un hecho.

Otra vez le *adjudicaron* á Trascendencia una *rosa natural*, que le tuvieron que mandar á Madrid desde Alicante. La había ganado en un certamen escribiendo una oda en verso libre *A la influencia de las bibliotecas populares en el adelanto general de la cultura*. Por supuesto; la oda iba también dividida en parte general, especial y orgánica.

Por estas dos producciones principalmente llamaba la *Gaceta* autor de obras á D. Ermeguncio de la Trascendencia.

Primero faltaba el sol que D. Ermeguncio dejase de asistir á la clase de todos los catedráticos que habían sido ó estaban á punto de ser ministros. El era ya doctor; pero ¡amaba tanto la ciencia!

Desde que fué juez de oposiciones, Trascendencia se creyó en sazón para considerarse, sin prejuicio ni sobrestima, un hombre importante, de la clase de los sabios, subclase de los filósofos.

Pero vino Pavía, y el sistema filosófico de D. Ermeguncio se disolvió como el Congreso. Aquella crisis de la política coincidió con una crisis económica de Trascendencia.

Los *sucesos* le cogieron sin un cuarto. Comprendió que no había modo de sacarle jugo á la filosofía con la nueva situación. En la universidad ya no se hablaba del *concepto* de nada, en los periódicos todo se volvía personalidades; politiquilla vil y rastrera. - Apliquemos—se dijo—la filosofía á la vida real, á la actividad de los intereses temporales; en una palabra, hagamos filosofía de la historia.—Y por recomendaciones de un ex ministro entró en una redacción en calidad de redactor de fondos filosófico-políticos y revistero de libros y teatros. Sus artículos se titulaban *La política esencial, El formulismo político, Más principios y menos personas*, etc., etc. Pero nadie los leía, ni el corrector de pruebas, que dejaba pasar todos los perjuicios de los cajistas, en vez de los *prejuicios* de D. Ermeguncio. Una vez hablaba el redactor de la infinita bondad de Dios, y los cajistas pusieron la infinita bondad de Díaz, produciendo una especie de antropomorfismo, que estaba Trascendencia muy lejos de profesar. Estas erratas le desesperaban, pero su pena era ociosa, porque nadie leía sus artículos.—Casi me remuerde la conciencia—se decía—de labrar trabajo tan inútil; porque no está el país para esta política fundamental.—Ignoraba el mísero Trascendencia que en aquella redacción no se cobraba. Al redactor que pedía el sueldo, se le echaba á la calle por insubordinado.—¡Cómo!—exclamaba el director.—¿Vd. piensa que aquí nadamos en oro? ¿Que vivimos de subvenciones? No, señor, aquí se juega trigo limpio.—Ni limpio ni sucio, porque no había trigo. D. Ermeguncio tuvo que convencerse de que en España el periodista suele ser tan filósofo como el primero en lo de no cobrar.—¡Y para esto—gritaba comiéndose los codos—para esto abandoné yo mis trabajos especulativos y mis visiones poéticas!—Y suspiraba pensando en sus estudios de antropología y en su oda á la influencia.

Así pasó mucho tiempo, esperando la edad *de la armonía*, como él llamaba al primer pronunciamiento que le trajese á los suyos, y fumando pitillos *prestados*. Sí, prestados, porque Trascendencia con el hambre sentía un ansia de chupar, que estaba muy por encima de su presupuesto, y tuvo que arrojarse á naufragar en una inmensa deuda flotante de tabaco rizado. Era un préstamo de consumo que le hacían gustosos sus admiradores, á los que prometía pagar con creces cuando él fuera á Filipinas á arrancar la enseñanza pública de las garras de los frailes y á arreglar la cuestión del tabaco. D. Ermeguncio asistía al café de París después de comer (los demás), y asistía allí porque economizaba medio real..... á sus amigos. En cambio, *en papel* les gastaba el oro y el moro. Pero ¡qué importaba, si sabía tanto, y era amigote de D. Pedro y de D. Juan, ricos personajes que le tuteaban!

Uno de sus *estanqueros*, como él les llamaba en broma, le ofreció cierta noche una canongía: una correspondencia *pagada* para un periódico de provincias. El periódico se llamaba *El Faro de Alfaro*. A pesar de la cacofonía del título y de lo cursi de la redacción, Trascendencia aceptó los doce duros mensuales y la carta diaria sobre política, ciencias, artes, agricultura, y especialmente todo lo concerniente á los intereses del país, tal como insultar á los diputados de la provincia por su morosidad, etc., etc. Además había que hablar mucho del Ateneo, de los estrenos, y decir chistes, terminando siempre con *le mot de la fin*, como los periódicos de París.

Muy de otro modo entendía Trascendencia la misión del corresponsal concienzudo; pero hubo de transigir, y olvidando que llevaba dentro de sí al autor de la oda á la influencia, y al juez de oposiciones, se puso á escribir su primera carta al director de *El Faro de Alfaro*.

La primera dificultad con que tropezó, fué que no sabía dónde estaba Alfaro, ni si era puerto de mar, ignorancia muy común en filósofos y literatos españoles. Su amigo, que era de allí, y por eso lo sabía, le enteró de todo, y le dijo *además* que á quien había que dar firme era al alcalde; porque llamarle bruto desde el pueblo no tenía gracia, pero diciéndolo desde Madrid, era cosa de que él mismo lo creyese. En fin, D. Ermeguncio empezó:—Señor Director.....

¿Pero de qué le iba él á hablar á un director que pedía noticias frescas de todo; de la Bolsa, del Congreso, y así discurriendo, hasta noticias frescas del pescado fresco? Trascendencia no sabía nada de nada. Le faltaba ropa decente para entrar donde se pescan las noticias; no conocía á nadie, y si preguntaba algo, le engañaban de fijo. — Pero, ¿qué le importará á esta gente saber los chismes de Madrid? ¿No les basta con los de su pueblo? ¡Cuánto mejor les estaría que yo les hablase de los adelantos de la psicología, que ahora resulta ser puro monismo (de esto hace años), y que les diese mi opinión acerca de la religión de los animales, opinión que acabo de adquirir en la revista positiva! Pero no había remedio, había que someterse á las exigencias de la preocupación vulgar, y Trascendencia inventó un sistema: copiar el *Diario de Avisos* para la sección de intereses materiales, y *La Correspondencia* para la de intereses morales; pero lo que copiaba de *La Correspondencia* lo ponía en cuarentena, y con tan plausible motivo dejaba á la juguetona musa de los chistes hacer de las suyas. ¡Qué tal serían los chistes de Trascendencia, que ni á él mismo le hacían bendita la gracia! En cuanto á *le mot de la fin* lo copiaba de *Charivari* y del *Figaro* alternativamente.

Otra gravísima dificultad para D. Ermeguncio, era que no sabía empezar nunca á hablar de lo que debía. Que se habían descubierto unas carpetas falsas, pues empezaba así la carta al *Faro de Alfaro*:

«Señor director: el hombre es un compuesto de alma y cuerpo; de aquí que esté íntimamente ligado con la naturaleza, y tenga necesidades económicas; la esfera propia de la actividad económica del Estado en lo que se llama Hacienda Pública.....» y por ahí adelante; cuando llegaba á hablar de las carpetas, ya no cabía la carta en el periódico.

Llegó la hora de cobrar. Giró, y la letra volvió protestada. *El Faro de Alfaro* había muerto. Los suscritores no querían un periódico que no sabía más noticias de Madrid, si no que todo lo real es racional, y vice-versa, según Hegel.

Trascendencia volvió los ojos al teatro. Era preciso regenerar la decadencia dramática y hacerse unos pantalones, porque los puestos se le caían á pedazos. Al fin en el teatro se cobra.

Escribió un drama que se titulaba..... *Prejuicios contra prejuicios.*

El empresario del Español preguntó á D. Ermeguncio:

—¿Qué significa esto? Querrá Vd. decir: «Perjuicios contra perjuicios,» y aun así no se entiende muy bien.

—¡Dale! ¡Lo de siempre! No, señor; prejuicios contra prejuicios, quiero decir.

—Bueno, pues dígalo Vd.; pero no será en mi teatro donde se estrenen esos prejuicios que Vd. dice, y que yo tengo por perjuicios para mí.

—Le cambiaré el título á la obra.

Y volvió con ella al teatro: ahora se llamaba «Antítesis de la vida.»

—Déjela Vd. ahí—dijo el empresario.

© Biblioteca Nacional de España

Y allí se pudrieron las antítesis. D. Ermeguncio de la Trascendencia, que hasta entonces había creído que el mal es accidental en la vida, y debido sólo á nuestra finitud, comenzó á darse á todos los diablos del infierno, aunque no los llamaba por su nombre, porque él no creía en la demonología ni en la angelología. De lo que él estaba seguro era de que había nacido con la suerte más perra del mundo.

—Indudablemente yo no soy de mi siglo. Feliz el Sr. Núñez de Arce que es de su siglo, como dice en sus versos; yo no, yo no debía haber nacido hasta que llegara la edad de la armonía. Uno de esos poetas que persiguen el ideal, y de camino el turno pacífico, consiguen al cabo el turno, aunque el ideal sea inasequible. Pero yo no consigo nada.

Ermeguncio hizo el último esfuerzo.

—Voy á escribir—se dijo—una obra inmortal de filosofía: se la llevo á un editor, y si me la paga como, y si no, que él se las arregle con el fallo inapelable de la historia.

Y dicho y hecho. Comenzó á llenar pliegos y más pliegos de filosofía, y cuando tuvo escritas dos mil páginas de investigaciones ascendentes, y otras dos mil de las descendentes, se presentó á un editor que á la sazón publicaba *El latente pensante*, traducido al chino.

El editor era muy bruto. Esto no tiene nada de particular.

Siempre había tenido un criterio muy raro para las obras del ingenio humano en siendo escritas. El había sido maestro de escuela, y nadie le sacaba de sus trece; el mejor escritor es el que mejor escribe. Esto pensaba Sánchez el editor, aunque no se atrevía á decirlo, porque la opinión general era muy distinta.

Don Ermeguncio le presentó sus resmas de filosofía ascendente y descendente, y ya temía que Sánchez se las tirase á la cabeza, cuando notó que el concienzudo editor abría los ojos y la boca, tan asombrado como podía estarlo un partidario de Torío, que ya no esperaba ver una gallarda letra bastardilla, en lo que le quedaba de vida.

Sánchez dejó sobre la mesa la filosofía de ida y vuelta con el respeto con que el sacerdote deja el copón en el sagrario, y abriendo los brazos, cerrólos después que tuvo entre ellos, y le apretó á su gusto, al autor insigne, al escritor de los escritores, al escritor de mejor letra que había conocido.

—¡Esto es escribir; esto es escribir, y lo demás son cuentos! exclamó Sánchez—esto es Torío puro, Torío sin mezcla. Usted conserva la buena tradición; Vd. es mi hombre. Esto no se imprimirá como cualquier libro con letra de molde; esto se conservará en litografía; esto debe pasar á la inmortalidad como monumento caligráfico. Y Vd., joven ilustre, flor y nata de los pendolistas, el mejor escritor del mundo, usted tendrá casa y mesa, y dinero para el bolsillo, y el oro y el moro, porque yo le tomo á Vd. á mi servicio; Vd. será mi secretario, mejor dicho, mi escribiente.....

Trascendencia dudó entre matar á aquel hombre, incapaz de comprender su sistema, ó aceptar la plaza que le ofrecía.

Y siendo filósofo de veras por la primera vez de su vida, dijo:

—Seré su escribiente de Vd.

—Pero júreme Vd. conservar estos perfiles, estos rasgos, esta santa y pura tradición de Torío.....

Lo juro.

Y Ermeguncio vivió feliz, cobró á toca teja. y no volvió á pasar hambres ni filosofías.

Al fin había seguido la vocación.

Había nacido para escribiente.

CLARÍN

LAS COMEDIAS DE SALÓN

ENGAÑAR CON LA VERDAD

—

ESCENA PRIMERA

(*Gabinete-tocador. La condesa, sentada en una poltrona baja de respaldo, delante del espejo. Sobre un velador y sobre la alfombra, periódicos ilustrados, españoles algunos, y los más franceses. Casilda en pie detrás de la condesa, peinándola.*)

Condesa (impacientada).—¡Estás hoy insufrible! ¡Tiras como para desenmarañar una madeja! ¡Me arrancas á puñados los cabellos!

Casilda.—La culpa es de la señora condesa (sonriendo). Sí, porque si no tuviese una cabellera tan larga, tan abundante, tan.....

Condesa —¡Aduladora!

Casilda.—A fe que no sería eso si se tratase, v. g., de la generala Adalid. Ni sufre ni hace sufrir para peinarse. Sus moños se arreglan sobre un molde de madera, y á ella le quedan justos cuatro pelos para sujetar el añadido. Siempre me recuerda cuando por Navidad ataba mi padre á una rama diferentes frutas para engañar á los chiquillos y hacerles creer que era un árbol milagroso.

Condesa.—¡Charlatana! ¡Murmuradora!

Casilda.—La verdad es que la señora condesa no se ha levantado hoy de muy buen talante..... ni ayer tampoco. Y el motivo..... ¡Si yo me atreviera!

Condesa.—¡Hipócrita! ¿Acaso no te atreves siempre?

Casilda.—Pues bien; la señora condesa es joven, es rica, es noble, es elegante, y sobre todo es guapa. En estos puntos estamos todos de acuerdo.

Condesa.—¡Todos! pase; ¿y *todas*?

Casilda.—También; sólo que niegan dos y tres veces la verdad, como San Pedro negó á Cristo. Pero canta el gallo, es decir, aparece la señora condesa, y quedan corridas.

Condesa.—¡Adelante, lisonjera, exagerada, adelante!

Casilda.—Sigo. ¿Ve la señora como ya la peino mejor, como ya no le duelen los tirones? Es el caso que á todas esas excelentes cualidades hay que añadir otra, que no lo es tanto. La señora condesa está sola; la señora condesa es viuda.....

Condesa.—¡Ay!

Casilda.—¿Qué es eso, señora?

Condesa.—Nada; que me has clavado el peine. Anda con tiento, ¡por Dios!

Casilda.—¿En lo que hago ó en lo que digo?

Condesa.—Eres un saco de malicias, y agotas mi bondad..... Pero ¿qué ibas á decir?

Casilda.—Iba á decir que la señora condesa no puede permanecer así meses y años; que la vida sin novio, ni cosa semejante, es muy sosa.....

Condesa.—¡Casilda!

Casilda.—Señora, yo juzgo por mí. De ningún modo me permitiría..... Y la señora condesa tiene pretendientes á granel. Esto también han de confesarlo todos y *todas*.

Condesa.—Sí; pero también sabes—ya que me obligas á hablar—lo que, por harto común, todos saben: que los que me solicitan «con buen fin,» como decís vosotras, ambicionan mi caudal, mi título, mi posición; son libertinos, ó casquivanos, ó *gomosos*, ó calaveras, ó políticos, ó *sportmen*. Gente toda que se ocupa con preferencia en sus vicios y en sus aficiones, y en segundo lugar en *su* mujer, ó en *la* mujer. Hombres vulgares á quienes no ocurre nada nuevo, nada que me interese—¡que me libre del fastidio!.... Unicamente alguna persona de edad madura.....

Casilda.—¡Ya pareció aquello!

Condesa.—¿Qué?

Casilda.—Perdone la señora si la he interrumpido..... pero veía venir el final del sermón; pues, el duque.

Condesa.—¡El duque! ¿Qué duque?

Una voz fuera.—¡Casilda! ¡Casilda!

Casilda.—Es, sin duda, Andrés, que trae algún recado y me llama para que lo trasmita á la señora.

Condesa.—Veas de qué se trata, y ven pronto.

(Sale la doncella y vuelve á poco con un precioso ramillete de violetas y camelias.)

Casilda.—Florentina acaba de traer el *bouquet* que le encargó anoche en el Real la señora condesa.

Condesa.—¿Yo? ¡No es cierto! Devuélvelo en seguida.....

Casilda.—No puede ser ya. Florentina dejó el ramo y el recado á Andrés, y se marchó.

Condesa.—Es una ocurrencia bastante simple, por no decir *cursi*, enviarme flores anónimas.

Casilda.—Y el ramillete es muy lindo..... y caro. ¿Si traerá algún billetito, como en las comedias? ¿Permite la señora que lo registre?

Condesa.—¡Casilda! Deja eso y acaba de peinarme. ¡Abusas de mi paciencia!....

Casilda.—¡Mire la señora, mire! No trae billete, pero sí una tira de papel; aquí, en el centro..... y abierta. ¡Léala la señora!.... ¡Vamos! por complacerme..... ¡Estoy muerta de curiosidad!....

Condesa.—¡Cuando digo que abusas! Oye..... pero ¿qué significa?..... Son versos.....

(Lee.)

«¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?»

(QUEVEDO.)

© Biblioteca Nacional de España

Casilda.—¡Quevedo! ¿No fué ese un poeta muy gracioso y muy desvergonzado? Así al menos me lo decía mi novio.....

Condesa.—¿Cuál?

Casilda (sin detenerse).—El penúltimo, aquel pobre muchacho, muy enamorado y bastante raído, que escribía poesías en un periódico de modas. Y me dedicó algunas muy bonitas, eso sí, muy bonitas. Le daba yo, en cambio, algunos pastelillos y no pocos emparedados de *foie-gras*. ¡Le gustaban!.... ¡Yo creo que me quería por los emparedados!....

Condesa.—Calla, loca. (Como para sí.) ¿Quién enviará el ramo, y qué querrán decir los versos?

Casilda.—Quizá.....

Condesa.—Olvidemos esta tontería. ¡Futilezas! ¡Trivialidades ¡Siempre lo mismo! (Otra vez como para sí.)

¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

¿De qué hablabas antes, cuando nos han interrumpido con el *bouquet*?

Casilda.—Nombraba al señor duque.

Condesa.—¡Ah!.... ¿Y qué duque?

Casilda.—¿Cuál ha de ser? El duque de Faisandé.

Condesa.—¿El francés? ¿Y qué tiene que ver ese duque?....

Casilda (guiñando el ojo al espejo para que lo vea su ama).—¡Cómo! ¿Ha perdido ya la señora condesa su confianza en mí?

Condesa.—De ninguna manera; pero repito, ¿qué tiene que ver el duque Faisandé con lo que hablábamos?

Casilda.—¡Si yo me atreviera!

Condesa.—Atrévete, no haces otra cosa.

Casilda.—Ya se acabó el peinado. ¡Y qué bien le sienta á la señora condesa! ¡Parece que lo han inventado para ella! Verdad es que con todos sucede lo mismo..... Voy, voy al grano.—El padre de la señora condesa era barón; el marido..... (el *primer* marido, porque es lo probable.....), el marido, conde. ¿No es muy natural que si la señora se casa de nuevo sea con un marqués..... ó un *duque*? Y el duque Faisandé, ¿no es hombre de *edad madura* como decía hace poco la señora? ¿Y no está muy rendido? ¿Y no es de carácter dócil y complaciente? ¿Y no tiene casa en París?

Condesa.—Aunque así fuera, es un partido razonable.

Casilda.—No puedo permitirme aconsejar á la señora condesa; pero si el cariño é interés que siempre.....

Condesa.—Acaba.

Casilda.—La edad del señor duque me parece *demasiado madura*.....

Condesa.—Yo no soy ya una niña.

Casilda.—Apenas veinticinco.....

Condesa.—Veintiocho.

Casilda.—Con apariencias de veinte..... ¿Y el señor duque? Lo menos cincuenta y dos.

Condesa.—Cuarenta y seis.

Casilda.—Con apariencias de cincuenta y nueve.....

Condesa (impaciente).—¡Casilda!

Casilda.—¡Señora!

Condesa.—¡No se te puede soportar!.... ¡Me has clavado una horquilla!....

Casilda.—Perdone la señora condesa, pero, no sé como ha podido suceder. Voy con mucho tiento..... Una distracción sin duda. Pensaba en que si la señora se casa..... Ea; ya acabé el peinado. No quiero decir cómo le sienta á la señora condesa. Acérquese más al tocador; el espejo, que *no adula, se lo* dirá.....: ¡Si hay en todo Madrid cabeza más bonita!....

Condesa (sonriendo).—¡Bien! ¡bien!... Con que si me caso.....

Casilda.—Y la señora condesa; digo, la *señora duquesa*, viaja, los camareros de las fondas preguntarán al señor su nombre, como es costumbre, y apuntarán luego en el registro: «Cuartos números 20 y 59—quiero decir, 28 y 29 (porque han de ser juntos).—*Monsieur* el duque de Faisandé y *su hija*.»

Condesa (riñendo y riendo á la vez).—Vete. No hay modo de aguantarte..... Que sirvan el almuerzo..... Deben ser más de las doce. Yo misma me echaré otra bata.

(Vase Casilda.)

Condesa (sola y un tanto pensativa).—Tiene quizá razón esa muchacha. Es desenvuelta, osada; pero, además de fiel, perspicaz é inteligente como ninguna. Me quiere y me adivina. (Pausa.) ¡Yo no he de permanecer siempre así! Esto es....., *soso*, como Casilda dice..... Por uno ú otro me habré de decidir. Y si no es el duque, ¿quién será?

Casilda (entrando de nuevo).—El señor conde del Bardo.

Condesa (sobresaltada).—¿Qué?

Casilda.—Digo, que el señor conde del Bardo envía esta esquela á la señora. El lacayo volverá mañana por la respuesta.

Condesa.—¡El conde del Bardo!.... ¡Ah, sí! lo he visto bastante en casa de los de Montilla..... y en otros salones, y en la legación inglesa. Va mucho también, creo, á los thes de la generala Adalid. Le trato poco. Veamos la carta.—Algún compromiso de sociedad.—¿Está ya el almuerzo? Voy al instante.....

(Sale la doncella. La condesa rompe el sobre y empieza á leer; á los pocos renglones se inmuta.)

Condesa (gritando).—¡Casilda! ¡Casilda!

Casilda (acudiendo precipitada).—¿Qué ocurre á la señora condesa?..... ¡Nunca llama así!

Condesa (colérica y sofocada).—¿Quién ha traído este papel?

Casilda.—Quien he dicho: el lacayo del señor conde del Bardo.

Condesa.—¡Ese conde se ha vuelto loco!....

Casilda.—Pero ¿qué sucede?..... La señora condesa está agitada, nerviosa.....

Condesa.—Sucede que tenías razón; que una mujer viuda, sola, está muy mal, que cualquiera se le atreve.....

Casilda.—No acierto..... ¿Acaso el conde?.....

Condesa (siempre con agitación).—Repito que debe estar loco..... A bien que recuerdo haber oído que escribe, que se la da de poeta.....

Casilda (con la mayor seriedad).—¿Y pide emparedados?

Condesa (sin poder contener la risa, á pesar de su enojo).—¡Eres el diablo! ¡No hay modo de estar de mal humor cerca de tí! Y, en realidad, vale más echarlo á broma. Escucha; voy á hacer un magnífico regalo á tu curiosidad; voy á leerte de cabo á rabo esta carta.....

Casilda (con regocijo).—Veamos, veamos. ¿Y el almuerzo?

Condesa.—Resistirá bien en los *plats-chauds*..... Oye: (Lee.) «Por más que me afane en buscar palabras para traducir mi pensamiento, no encuentro otras que suplan á estas: «¡Cuán hermosa eres!.... ¡Cuánto te amo!» Si no hubiera el hombre corrompido, con el abuso, el lenguaje, bastarían estas frases para caldear tu corazón; parten como saetas de fuego del mío. Cuando entras en un salón donde me hallo, se ofuscan mis ojos; paréceme que las luces de los candelabros crecen, se dilatan, suben..... hasta formar todas deslumbradora hoguera. Mi cabeza se desvanece como si se abriesen de súbito pebeteros sin cuento cargados de embriagadores, violentísimos perfumes..... Mi corazón palpita con tal fuerza como si al entrar tú me trajeran la corona de un reino ó la sentencia de muerte; ¡quisiera gritar para ahogar el rumor de los latidos!.... ¡Cuánto te amo! ¡Cuán hermosa eres!.... En cualquier estación que aparezcas es primavera; á cualquier hora que llegues es la aurora. Si perdiese la escultura sus medidas, las hallaría en tu cuerpo. Si perdiese la pintura los colores, las hallaría en tu rostro. Si perdiese la música sus melodías, las hallaría en tu voz. Aunque en un momento de obcecación, de locura (momento imposible), dejara de amarte, una sola mirada tuya reavivaría mi amor como un torrente de lava reavivaría una hoguera. Yo entonces, adorado bien mío, me aferraría á ese amor como se aferraría un condenado á las alas de un ángel.

»Elévame presto desde tus pies á tus brazos, porque ni puede haber para tí vida sin amor, ni sin este amor hay para mí vida.»

Condesa (después de larga pausa).—Y bien ¿qué te parece?

Casilda.—Que me costaría mucho trabajo no poner al pie de esa carta cierta frase que me enseñó un *novio oficinista*.

Condesa.—¿Cuál?

Casilda.—«Como se pide.»

Condesa.—Si afirmase que semejante carta desagrada á una mujer, ninguna mujer lo creería. Mas ¿no comprendes que no habiendo nada, absolutamente nada, que autorice al conde para dirigírmela, el decoro social me obliga á darle una lección en la primera coyuntura? ¿Qué pensaría él, qué pensarían todos de mí, si aceptase sin protesta tan audaz y desatentada declaración?

Casilda.—Ya sé que es preciso obedecer al «qué dirán,» sacrificarse á lo que se llama «el mundo.» Pero se me antoja que la señora condesa obedece y se sacrifica demasiado. Dígalo si no el gabinete azul.....

Condesa.—¡Ah! ¿Por qué citas el gabinete azul?

Casilda.—¿Por qué? Ese gabinete es motivo de conjeturas y misterios para propios y extraños. Se sabe que es un primor; se ve que está siempre cerrado, y se cree que guarda allí la señora tesoros ó papeles, ó..... almas en pena..... ¡qué sé yo!

Condesa.—¿Y tú sabes la verdad?

Casilda.—La sospecho.

Condesa.—Es bien sencilla; pero el público la encontraría quizá ridícula. El conde, mi marido alhajó el gabinete azul con refinamiento de gusto y de elegancia, para ofrecer, decía, marco adecuado á mi belleza, y admirar allí el marco y el cuadro. Murió, y he creído que nadie que no sea digno de él, de mí y del gabinete, debe entrar allí. En una palabra, es un santuario tan cerrado como ha de serlo la alcoba de una dama; sólo el dueño de su corazón y su albedrío debe entrar. Pero con todo esto no me has explicado por qué, hablando de la carta de ese conde-poeta ó conde-loco, has mentado el *gabinete azul*.

Casilda.—Por ahora nadie entrará en ese gabinete. ¿No es cierto?

Condesa.—Ciertísimo.

Casilda.—Pues bien; guarde la señora en él la carta.

(Véase la plana 10)

© Biblioteca Nacional de España

POESIAS DE HEINE

LAZOS DE AMOR

En los palacios y en los museos
Veréis pintado paladín rudo,
Que revistiendo nobles arreos
Embraza ufano lanza y escudo.

Pero risueña tropa de amores
Lo envuelve en giros de alegre danza,
Échale al cuello lazos de flores
Y le despoja de escudo y lanza.

Así entre dulces cadenas muero,
Llorando inútil vanas porfías,
Mientras esgrimen otros su acero
En los combates de nuestros días.

***

REALIDAD Ó FANTASÍA

Dímelo tú, vida mía;
Contéstame *francamente*;
¿No eres loca fantasía
De las que en noche sombría
Forja el vate allá en su mente?

¡Oh! no, tu boca de rosa,
Tu pupila que arde inquieta,
Tu gracia casta y donosa,
No pueden ser, niña hermosa,
Vano ensueño del poeta.

Basiliscos y dragones,
Vampiros, trasgos, visiones
Horribles y disparates:
Esas son las concepciones
Predilectas de los vates.

Pero tu dulce alegría,
Tu travesura discreta,
Tu genial coquetería,
No pueden ser, vida *mía*,
Vano ensueño del poeta,

***

LOS TRES SUEÑOS

Lloraba en sueños: con secreto espanto
Soñé que estabas muerta; vida mía,
Desperté, y aún el llanto
Por mi rostro corría.

Lloraba en sueños: con mortal despecho
Soñé que me dejabas inclemente,
Desperté, y largo trecho
Lloré insensatamente.

Lloraba en sueños: con anhelo suave
Soñé, mi dulce amor, que aún eras mía.
Desperté, y—Dios lo sabe—
¡Hoy *llero* todavía!

***

JURAMENTOS Y BESOS

¿Por qué jurar y ofrecer?
Bésame con frenesí,
Pues nunca, hermosa, creí
En palabras de mujer.
Si tu voz, me da placer,
Más dulce tu beso siento;
Que eres mía experimento,
Y así mi ventura labras;
Que *lo demás* son *palabras*,
Palabras que lleva el viento.

Pero, no, promete y jura!
Una palabra, mi vida,
De tu boca bendecida
Toda mi dicha asegura.
Gozo yo tanta ventura
Cuando extasiado me ves
En tus brazos ó á tus pies,
Que imagino, á no dudar;
Que por siempre me has de amar
Y aun has de amarme después.

***

ENSUEÑO

Todas las noches, en feliz ensueño,
Hermosa y melancólica te miro;
Y me sonríes, y con loco empeño
Me prosterno á tus pies, lloro y suspiro.

Tú me contemplas con dolor y encanto
Doblas después la cabecita rubia;
Y las preciosas perlas de tu llanto
Vierten tus ojos en copiosa lluvia.

Y me das de ciprés rama siniestra,
Y una palabra dícesme al oído;
Y despierto azorado, y en la diestra
Falta la rama y la palabra olvido.

***

DICHA Y LLANTO

Cuando miro tus ojos sin agravios,
Mi loco afán se calma;
Cuando en tus labios pósanse mis labios,
Curada siento el alma.

Cuando en tu seno adormense felices
Mis sienes, miro el cielo;
Pero cuando «yo te amo» tú me dices,
Rompo á llorar con insensato anhelo.

***

SU RETRATO

Yo contemplaba su retrato en sueños,
Su imagen bendecida,
Y ví brillar de súbito, halagüeños,
Los signos de la vida.

Dulce sonrisa de indecible encanto
Abrió sus labios rojos;
Gota feliz de cariñoso llanto
Apareció en sus ojos.

Y corría también por mi semblante
El lloro enternecido,
Y «¡no puedo, exclama delirante,
Creer que la he perdido!»

***

EL CONSUELO

No me quieres, no me quieres;
Y me resigno á esa ley;
Miro cuán hermosa eres,
Y soy más feliz que un rey.

Me odias: sin hacerme agravio,
Tu labio lo dijo, sí;
Déjame besar tu labio,
Y consolaréme así.

***

SU BODA

La dulce flauta, el violín sonoro
Rompieron, y siguió la orquesta toda;
¡Ay! la que era mi dicha y mi tesoro,
Celebraba su boda.

El timbal bronco y la trompeta brava
Estallaron: ¡qué estruendo! ¡qué alegría!
El angel de su guarda sollozaba
Sollozaba y gemía.

***

EL REGRESO

Si por acaso tropiezo
Con las gentes de mi amada,
Padre, madre y hermanitas
Me circundan y agasajan.
Dirígenme mil preguntas
Y todos á un tiempo charlan;
Me dicen que estoy lo mismo,
Aunque la color más pálida.
Pregunto á mi vez por tías,
Por sobrinas y cuñadas,
Y hasta por aquel cachorro
Que tan juguetón ladraba.
Pregunto también por ella,
Ya con otro—¡ay Dios!—casada,
Y me dicen muy gozoso,
Que recién parida se halla.
Dóyles mil enhorabuenas,
Con lengua que se me traba,
Y les digo balbuceando
Que me pongan á sus plantas.
La hermanita menor dice:
«Creció el perro y le entró rabia,
Y lo llevaron al Rhin,
Y lo arrojaron al agua.»
La pequeña es, cuando ríe,
El retrato de su hermana:
Y tiene los mismos ojos
Que me robaron el alma.

***

RECUERDO FELIZ

Como rasga nube oscura
La luna, y su claridad
Entre vapores fulgura,
Surge visión bella y pura
Del fondo de muerta edad.

Estábamos sobre el puente
Del bajel; pausadamente
Nos llevaba el patrio río;
Resplandecía el estío
A la luz del sol poniente.

Sentado estaba delante
De mujer bella y amante,

© Biblioteca Nacional de España

Y prestaba su arrebol
A su pálido semblante
Al postrer rayo del sol.

Daban con alegre acento
Las bellas su voz al viento:
¡Qué placer! ¡Qué dulce calma!
¡Cuál brillaba el firmamento!
¡Cómo se ensanchaba el alma!

Cielos, campos, selva umbría
Todo pasaba [illegible]
En visión esplendorosa,
Todo..... y todo lo veía
En los ojos de mi hermosa.

***

SUS LÁGRIMAS

El mar brillaba con la luz extraña
Que da el ocaso á las dormidas olas;
Los dos, del pescador en la cabaña,
Silenciosos estábamos y á solas.

Remontábase lenta nube oscura;
Tendía la gaviota el blando vuelo;
Y una lágrima hermosa, fresca y pura
Bañó tus ojos y nubló su cielo.

Miré, ansioso, rodar por la mejilla,
Y caer en tu mano aquella perla;
Y doblé, conmovido, la rodilla
Y con ardiente labio fuí á beberla.

Desde entonces la frente doblo triste
Y late el pobre corazón sin calma;
Mira, desventurada, lo que hiciste;
Tu llanto envenenóme cuerpo y alma.

***

AMOR Y TEMOR

Si pasas cerca de mí
Y me roza tu vestido,
Siente loco frenesí
Y se lanza en pos de tí
Mi corazón atrevido.

Mas si en movimiento leve
Fijas en mí la atención;
Tal tu mirar me conmueve,
Que á seguirte no se atreve
Mi cobarde corazón.

***

DECLARACIÓN

Comienza el mar á gemir
Y las sombras á caer:
Sentado en la extensa playa
Miro con triste avidez.
Danzar las revueltas olas
En espumoso tropel;
Y mi corazón con ellas
Alborotóse también.
Memorias y anhelos vagos
Surgen y crecen en él,
Porque tu voz y tu imagen
Oigo y miro, dulce bien:
Tu imagen, que sobre todo
Flota siempre, pura y fiel;
Tu voz, que en todo la escucho
Y en todo la escucharé,
En el viento que solloza,
En la ola, muerta á mis pies,
Y hasta en el propio suspiro
De mi recóndito ser.

Con ligera caña escribo
En la arena: «te amo, Inés.»
Y suspirando traidora,
Mansa viene la ola infiel
Y al punto borra la dulce
Declaración de mi fe.

¡Caña frágil! ¡Leve arena!
¡Pérfida mar! ¡Ola cruel!
Para nada os quiero; nunca
A engañarme volveréis.
En la selva escandinava
Crece altivo, entre otros cien,
Abeto, que al cielo sube:
Ese abeto arrancaré.
En las entrañas del Etna
Fuego eterno se ve arder;
En las entrañas del Etna
Hundiré el tronco después.
Con esa tremenda pluma
Y esa tinta escribiré
En la bóveda enlutada
De la noche: «te amo, Inés.»

Entre los vívidos astros
Las cifras de mi querer
Brillarán todas las noches,
Hoy y mañana y después.
Generaciones de ángeles
Veránlas resplandecer,
Y por siglos de los siglos
Repetirán: «te amo, Inés.»

***

ROSAS Y VIOLETAS

Voy al campo, y violetas ruborosas
Busco y te envío todas las mañanas;
Vuelvo al campo al ocaso, y de las rosas
Elijo para tí las más lozanas.

¿Sabes tú lo que dicen, vida mía,
Mis flores, al abrir el tierno broche?
Que me quieras constante todo el día,
Y me quieras después toda la noche.

***

MIS CANCIONES

¡Ay! de mis penas más graves
Compongo breve canción,
Y agitando plumas suaves,
Va á posarse (tú lo sabes)
En tu ingrato corazón.

Penetra en su oculto centro,
Y volviendo luego atrás,
Viene, llorando, á mi encuentro,
Sin que me diga jamás
Qué es lo que ha visto allí dentro.

***

LA DESPEDIDA

El ruiseñor cantaba; florecía
El tilo y fulguraba el sol radiante.
Entonces me besaste, vida mía,
Y tu trémulo brazo me oprimía
Sobre tu ansioso pecho palpitante.

Mustias las hojas que la selva viste,
Cayeron; con glacial indiferencia
Rodaba el sol, graznaba el cuervo triste
Nos dijimos *adiós*, y tú me hiciste
La más ceremoniosa reverencia.

***

LA PONZOÑA

¡Están empozoñadas mis canciones!
¿Puede ser de otra suerte?
¡Tú, que de mí, tiránica, dispones,
Diste á mi vida, llena de ilusiones,
El *tósigo* de muerte!

¡Mis canciones están emponzoñadas!
¿Puede ser de otro modo?
¡Llevo en el alma, abierta á tus miradas,
Víboras y culebras enroscadas,
Y á tí, después de todo!

***

EL ABRAZO

Encadéname en tus brazos,
Mujer; estréchame más;
Aprieta bien tus abrazos,
Y anuda tanto esos lazos,
Que no se rompan jamás.

¡Así! ¡Logré mi ambición!
Ya ceñido, corazón,
Por la más bella serpiente,
Gozarás perpétuamente
Las dichas de Laocón.

***

CORONACIÓN

¡Cantares! ¡Cantares míos!
¡En marcha, en marcha otra vez.
Armaos de punta en blanco,
De la cabeza á los pies;
Sonad parches y clarines,
Y sobre triunfal broquel
Alzad á la hermosa niña
Que mi soberana hoy es.

¡Salud, bellísima reina!
Por tí al cielo subiré,
Y arrancando al sol naciente
Rayos de oro y rosicler,
He de trenzar la diadema
Digna sólo de tu sien.
Del velo azul de los cielos,
Cuando al tibio anochecer
Los diamantes de los astros
Relampaguean en él,
Para sus soberbios hombros
Regio manto cortaré.
Serán tu espléndida corte
Odas de arrogante prez,
Almibarados sonetos
Y madrigales también.
Símiles por batidores
Y agudezas te daré;
Equívocos y retruécanos
Tus bufones han de ser;
Y mis chistes agridulces
Heraldos de buena ley,
Con risas en los blasones
Y lágrimas á la vez.

Y yo mismo, reina mía,
Arrodillado á tus pies,
En cojín de terciopelo
Mi numen te ofreceré,
Lo que de mi pobre numen,
Por compasión ó desdén,
Dejóme la que en el trono
Tu predecesora fué.

TEODORO LLORENTE

© Biblioteca Nacional de España

ESCENA II

(Los salones de recepción de la generala Adalid. Damas y galanes conversando, jugando al tresillo, hojeando periódicos ó tomando the.—Entra la condesa.)

Generala.—¡Cómo se ha hecho Vd. desear esta noche, condesa! Sabía Vd., no obstante, que era sábado y que si Vd. no asiste á mis thes, españoles y *extranjeros* se muestran quejosos. Nuestro *respetable* amigo el duque de Faisandé estaba, como él dice, *hors de lui meme*.....

Condesa.—¡Siempre burlona esta buena generala! ¡Y qué bonito peinado lleva Vd. y qué bien le sienta! Se diría puesto sobre un molde.....

Generala (sonriendo de dientes afuera).—¡Gracias! ¡Gracias! Pero ¿esta tardanza?

Condesa.—Vengo de la Comedia. Se estrenaba una, muy ingeniosa y delicada, por cierto. Han aplaudido sin cesar..... Mas no hemos podido saber quién es el autor. Mario ha dicho un nombre, pseudónimo á todas luces, algo así como Pedro Fernández.....

Generala (riendo).—¿Cómo? ¿Y no conoce Vd. al autor? Pues acá, en mi tertulia, lo conocíamos. No hay en realidad pseudónimo; añada usted *de la Barca* y tendrá Vd. el verdadero nombre y apellido de nuestro amigo el conde del Bardo.

Condesa (con sobresalto).—¡El conde!

Generala.—Sí, hija, Pedro Fernández de la Barca..... Pero, venga usted hacia aquel gabinete. Haremos perder al duque, que juega al tresillo rabiosamente para distraer su impaciencia. En cuanto nos divise.....

Condesa.—¿Y hace comedias?

Generala (riendo).—¿Quién, el duque?

Condesa (impaciente).—No, el conde.

Conde (que se ha aproximado).—Algunas veces. Cuando es preciso.....

(Con el conde del Bardo se acercan otros tertulios de la generala, á ésta y á su amiga.)

Condesa (sorprendida y como asustada primero, reprimiéndose y con frialdad después).—¡Ah! ¿Es Vd., señor conde? Beso á Vd. la mano.

Conde (risueño y tranquilo).—A los pies de Vd. condesa. ¿Ha recibido Vd. mi carta?

Condesa (como si hubiera pisado un áspid).—¡Qué!

(Los circunstantes quedan sorprendidos del tono de de la exclamación.)

Conde (siempre político y afable).—Digo que si ha recibido usted la carta que me he tomado la libertad de enviarle esta mañana. No contaba con tener el gusto de ver á Vd. aquí esta noche.

Don Cualquiera (ó más bien un frac y demás prendas de etiqueta, que tienen dentro una figurilla de hombre).—El conde ha venido, y ha hecho muy bien, á saborear su triunfo *épico*. ¡Qué comedia! según dicen. Iré, para dar á Vd. mi opinión.

Condesa (apresurándose á dar otro rumbo al diálogo).—En efecto, debe Vd. estar rebosando satisfacciones.

Conde.—¡Ah, señora! Soy tan distraído, que había olvidado completamente que la comedia que se estrenaba esta noche era mía. De tal modo, que leí «primera representación» en el cartel y compré una butaca á un revendedor. Entré en el teatro lleno de curiosidad por la obra, y pregunté á varios poetas amigos que encontré si sabían quién era el autor.

(Todos sueltan la carcajada.)

Conde (riendo asimismo).—Sólo hacia el fin del primer acto, cuando ya acusaba al autor de plagiario—con gran contentamiento de un crítico, vecino de butaca—pues recordaba todos los versos, y con frecuencia los decía antes que los actores; sólo entonces advertí que estaba representándose mi comedia, y escapé confuso y aturdido.....

La marquesa de la Vitela. (Una figura vieja de cartón envuelta en sedas y lazos).—¡Qué cabeza la de este conde! Aún no se ha acordado del rigodón que tiene comprometido conmigo hace dos meses.

(El conde responde á esta y á otras personas que le preguntan, le felicitan y le hablan de su éxito en el teatro.—Vuelve luego á dirigirse á la condesa.)

Conde.—Es una desgracia carecer así de memoria. Ya iba á olvidarme de algo que me interesa..... Perdón, condesa, si interrumpo á usted ¿Quiere Vd. hacer el favor de decirme si accede á lo que le pedía en mi carta?

Condesa (vuélvese airada; después, mediante un esfuerzo, se calma y ríe).—¡Qué bromista está el conde!

Conde (algo desconcertado).—Ignoro por qué lo dice usted.

Condesa.—Por nada..... por la broma—*poética*, eso sí—de la carta.....

Conde (sorprendido).—¡Broma poética! Confieso á Vd. que no acierto..... Estoy seguro de haber escrito á Vd. seriamente, y seriamente sentiría que me negase Vd. lo que pido.

Condesa (altanera y ofendida).—Señor conde..... ¡basta! Ruego á usted, que *tanto olvida*, que no olvide las conveniencias.

(Hay ya un círculo de damas y galanes, ávidos y curiosos, que susurran, como un enjambre cerrado, alrededor de ambos interlocutores.)

Conde (estupefacto).—¿Hé faltado á las conveniencias, señora condesa, por haberle pedido á Vd. en una carta que me ceda su cochero?

Condesa (sin poder contener un grito)—¡Qué! (Balbuceando.) ¡Mi cochero! ¡Era mi cochero!....

Conde.—Que es muy práctico y muy hábil, que dejará Vd. ocioso al emprender su próximo viaje de verano, y que necesito para que me dome y amaestre un tronco que acabo de comprar. ¿De qué otra cosa podía yo escribir á Vd., condesa?

Condesa (recobrando, en lo posible, su sangre fría).—En efecto, tiene Vd. razón sobrada. Pero también mi memoria flaquea esta noche..... Sin duda su comedia de Vd. (con forzada sonrisa) me ha distraído.....

Generala (llegándose á su amiga).—Condesa, ya sabe el duque que ha llegado Vd. y ya *no sabe* qué naipes juega. Venga Vd. y le acabaremos de marear.....

Condesa (mal su grado, pero pugnando por mostrarse indiferente).—Sí, vamos, vamos.

Conde.—¿Me permite Vd., condesa, que le dé el brazo hasta el gabinete del tresillo?.....

Condesa (tras alguna vacilación, que vence al cabo).—¿Por qué no?

(Caminan lentamente. Apenas se apartan del grupo que los circuía—y donde queda la generala, como los demás, cuchicheando—el conde habla en voz baja á su compañera.)

Conde.—Señora, suplico á Vd. encarecidamente que en lugar de encaminarnos al gabinete del tresillo entremos en este que está solitario.

Condesa.—¿Para qué?

Conde.—Para que tenga Vd. á bien esclarecer un misterio, un *quia pro quo*, algo que desconozco, pero que seguramente existe..... No cabe la duda; las frases; y más aún, el tono de las frases de Vd., denotan algo, repito, de que soy culpado, aunque sin culpa.

Condesa.—A decir verdad, le comprendo á Vd. menos que nunca, y no sé ni qué pensar, ni qué decir.

Conde (atrayendo insensiblemente á la condesa al gabinete, donde no hay nadie en aquel momento, obligándola cortés y suavemente á sentarse en una butaca, y aproximando otra).—Una esquela como la que escribí á Vd. esta mañana no ha podido de modo alguno motivar el aire, ya altanero, ya ofendido, ya asombrado, con que me ha hablado usted.

Condesa (impaciente, nerviosa y colérica).—¿Pretende Vd. burlarse de mí, señor conde? ¿Ignora Vd. acaso que la carta era una declaracion de amor insensata y atrevidísima?.....

Conde (como aterrado).—¡Dios santo! ¿Qué dice Vd., condesa? ¡Una carta de amor! ¡Debí presumirlo! ¡Soy incurable! Estas distracciones darán conmigo en un manicomio, en un hospital, en un presidio!..... ¿Cómo pedir á Vd. perdón? ¿Cómo obtenerlo?

Condesa (más sorprendida que nunca).—Pero ¿de qué se trata?

Conde.—Se trata—siento por extremo entrar en detalles enojosos ó ridículos para Vd.—se trata que he escrito hoy dos cartas: una dirigida á Vd., puramente de cumplido, en que pedía el favor citado; otra amante, apasionada, dirigida á una mujer hermosa y hechicera..... (animándose rápidamente y como olvidando á su interlocutora) á la que rindo tan ferviente culto que permanecería mi vida entera postrado ante ella como ante un altar, implorándola con plegaria amorosísima, entregándole mi cabeza para almohadón de sus plantas!

Condesa (ocultando bajo sonrisa irónica su despecho).—¡Bravo, conde, bravo!

Conde.—¡Ah! perdón, mil veces más, perdón! ¡Ve Vd! doy en ridículo, en descortés, en necio..... Iba á decir sencillamente que he trocado los sobres y he enviado á Vd. la carta destinada á otra persona.

Condesa.—Lo deploro sinceramente por ella. ¡Estará desesperada de no recibir su acostumbrado billetito! ¡Y debe ser un portento, á juzgar por la pasión de Vd. y por los conceptos con que la expresa!

Conde.—Búrlese Vd., condesa, búrlese Vd., lo merezco.

Condesa (nerviosa siempre, aunque fingiendo indiferencia y alegre humor).—¿Y conozco yo á ese..... *portento?* No hay que decir si será hermosa;..... elegida por un hombre de exquisito gusto, y poeta por añadidura..... ¿Es más bonita que yo?

Conde.—Tanto.

Condesa (esforzándose en reir)—¡Bravo, otra vez, conde! Ha sabido Vd. conciliar el amor á la ausente y la galantería á la presente, y—perdone Vd. mi impertinencia ¡somos tan curiosas las mujeres!—¿es antigua esa pasión?

Conde.—De algunos meses.

Condesa.—¿Nada más? ¡Y ya tanto fuego!

Conde.—Apenas cortado el tronco de un árbol, puede convertirse en hoguera.

Condesa.—¡Mas para que arda esa hoguera.....!

Conde.—Basta un rayo de sol, encerrado en un ascua, ó un rayo de belleza encerrado en una pupila.

Condesa.—He oído hablar de fuegos..... *fatuos*.....

Conde.—Esos nacen de los despojos de los muertos, no de los corazones de los vivos.

Condesa.—Pero Vd., autor de comedias, ¿no escribía Vd. una a escribir la carta?

Conde.—Condesa, para un hombre como yo, escribir comedias es abrir el salón de su casa; escribir amores, es abrir la cámara nupcial. En aquél entra el público; en ésta mi esposa.

Condesa (pensativa).—De suerte que esa carta..... ¿es verdad?

© Biblioteca Nacional de España

Conde.—La pluma con que la escribí la arranqué de las alas de mi alma.

Condesa (con arranque).—¡Quisiera conocer á esa mujer dichosa!... ¿Me la enseñará Vd.?

Conde.—Tiene Vd., á lo que se cuenta, un gabinete cuidadosamente cerrado, en el cual, desde que Vd. enviudó, no ha penetrado! hombre alguno. ¿Lo abriría Vd. al primero que le rogara que lo abriese?

Condesa.—No.

Conde.—Pues bien: esa mujer es mi *gabinete azul.*

Generala (entrando tumultuosamente)—¡No puedo permitir este monopolio! Todos buscan á Vd para admirarla, condesa; todos buscan á Vd. para felicitarle, conde.

Conde.—Vamos, pues, al salón; vamos.

Condesa (levantándose lentamente y dirigiéndose al conde).—Aquello de que es tan bonita como yo, pero no más, presumo que será únicamente una galantería.

Conde.—No es una galantería; es una confesión.

Generala.—¡Condesa, por Dios! El duque juega desatinadamente, y lleva la partida muy mal. Al menos, si Vd. se aproxima....

Condesa (saliendo del gabinete del brazo de la generala, después de saludar al conde)—Amiga mía, es inútil.

Generala.—¿Por qué?

Condesa.—Porque, vaya yo ó no vaya, el duque pierde la partida

---

ESCENA III

(Un palco entresuelo en el Teatro Real. La condesa, la generala Adalid y la marquesa de la Vitela. Intermedio del segundo al tercer acto de «L'Elisir d'amore.»—Entra el conde.)

Generala.—¡Gracias á Dios que se le ve á Vd. en alguna parte! Más de quince días hace que se eclipsó Vd.

Marquesa.—Ayer en la legación inglesa, le esperé á Vd. toda la noche.

Condesa.—Siéntese Vd. acá, conde. He de reñir á Vd. Todavía no he recibido un ejemplar de su comedia. (En voz más baja.) ¿Está aquí?

Conde.—¿Quién?

Condesa.—*Ella*..... «el gabinete azul.»

Conde.—Sí.

Condesa.—Sea Vd. amable; enséñemela Vd.

Conde.—Si es Vd., como creo, mujer de razón, bajo frívolas apariencias—perdone Vd. mi franqueza—¿cree Vd. que debo enseñar el libro de mis amores como un libro de estampas, para satisfacer la curiosidad ó distraer el ocio?

Condesa.—¿Y si la mujer de apariencia frívola es una amiga de corazón? ¿Y si la curiosidad es interés?

Conde.—¿Verdad?

Condesa.—Verdad.

Conde.—Sólo hay una mujer tan hermosa como *ella*, y es usted; sólo una persona sabrá mi secreto; Vd. también.

Condesa.—¿Cuándo? ¿Cómo?

Conde.—Le enseñaré á Vd. su retrato.

Condesa.—Pero ¿la conozco yo?

Conde.—Sí.

Condesa.—¿Dónde me lo enseñará Vd.?

Conde.—Donde no curiosee ningún indiscreto.

Condesa (en voz alta).—Marquesa, decididamente la espero á usted mañana á comer. El conde nos acompañará. Con esto se acordará de llevarme la comedia.

Generala.—¿Vendrán Vds. luego á casa? He prometido hacer la vista gorda si bailan algún rigodón.

Marquesa.—Iremos, conde. No dejaré que olvide Vd. el mío, como otras veces.

Conde (levantándose y despidiéndose después de algunos minutos de conversación general).—Va á empezar el acto. Condesa, tendré el mayor gusto en ir á comer mañana con Vds. A propósito (más quedo), ¿y el gabinete azul de Vd.? ¿Cerrado siempre?

Condesa.—Cerrado, sí; pero no tapiado.

ESCENA IV

(A las nueve de la noche.—Un saloncillo de casa de la condesa. Esta, la marquesa de la Vitela y el conde del Bardo, tomando café).

Marquesa.—¡Cuánto nos hemos entretenido en la mesa! Deben ser ya las nueve. ¡Y qué agradable temperatnra la de esta habitación! ¡Da como una dulce somnolencia! (Cierra con beatitud los ojos).

Condesa (al conde, llevándolo á un velador y enseñándole un álbum de fotografías). ¿Supongo que no habrá Vd. olvidado la suya?

Conde.—¿Mi fotografía?

Condesa.—No, la de *ella.*

Conde.—Le he prometido á Vd. enseñarle el retrato de la que me enamora, mas no he dicho que sea una fotografía.

Condesa (impaciente).—Está bien; no sutilicemos; enséñeme usted la imagen de esa beldad.

Marquesa (abriendo los ojos).—¿Por supuesto, conde, que iremos á casa de la generala un ratito para bailar nuestro rigodón?.....

Conde.—Por supuesto.

(La marquesa vuelve á cerrar los ojos y dormita.)

Conde (otra vez con voz queda). Piense Vd. condesa, en que, á título de interés, de amistad profunda, me exige Vd. que le haga conocer aquella á quien iba dirigida la carta que por mi distracción recibió Vd.

Condesa (mohina).—Dejemos de lado la tal carta. Me ataca á los nervios.....

Conde (grave y conmovido).—A trueque del servicio, del sacrificio más bien, á que Vd. me obliga—del sacrificio, sí, porque entrego á usted la llave de ese camarín oculto, de ese oratorio escondido, donde brilla en la sombra, como un astro en la noche, el altar de mi amor; porque abro para Vd. el libro de mi corazón en la página más secreta y escondida—á trueque de todo ello, ¿me promete Vd., condesa, por us fe de dama, confesarme con lealtad, con valerosa franqueza, si aprueba usted ó no aprueba mi elección?

Condesa (un tanto turbada y no poco conmovida también).—¿Y aseguró Vd. que la conozco? (Concentrando toda su alma en esta frase). ¡Quién será!.....

Conde.—¿Promete Vd.?

Condesa (con resuelto ademán).—Prometo.

Conde (saca de la faltriquera interior del frac una carterita de tafilete negro).—Mírela Vd.

Condesa (ase trémula la cartera, la abre precipitadamente, queda confusa, palidece y murmura balbuceando).—¡Aquí no hay más que un espejo!.....

Conde (sonriendo).—¿Y dentro de él?

Condesa (adivinando y lanzando un grito).—¡Ah!..... (Con coquetería después): ¿Y la encuentra Vd. tan hermosa?.....

Marquesa (que ha despertado al grito).—¡Cómo! ¿Se disputan ustedes? Yo pondré término á la cuestión. Vamos á casa de la generala.....

Conde.—Al punto. (A la condesa respetuosamente). ¿Aprueba usted?

Condesa (sin contestarle y haciendo vanos esfuerzos para ocultar su emoción).—Vayan ustedes; yo me quedo. Mi coche los llevará. No estoy vestida, y me siento fatigada. Si son ustedes buenos, volverán más tarde á tomar el the conmigo.....

Conde (con más expresión que la que su palabra requiere).—¡Gracias!

(La marquesa se levanta; Casilda, llamada por la condesa, acude y le pone el abrigo. El conde le da el brazo y parten. La condesa se deja caer en una butaca junto á la chimenea, profundamente pensativa.)

(A las once y media de la noche.—La condesa sigue abismada en sus reflexiones. Andrés, el lacayo, aparece en el umbral de la puerta.)

Andrés.—Señora condesa.....

Condesa (como volviendo en sí).—¿Qué? ¿Quién?

Andrés.—El señor conde del Bardo pide permiso á la señora.....

Condesa.—¿Solo?

Andrés.—Sí, señora condesa.

Condesa (vacila; tras breve pausa).—Que pase.

Conde (inclinándose con respeto).—Condesa, no me agrada, ni conceptúo de buen tono, alardear de valiente; pero..... ¡he bailado tres veces con la marquesa!

Condesa.—Este sí, y *no* el otro, es sacrificio. ¿Y con qué fin?

Conde.—La he fatigado de tal suerte, que ha renunciado á venir aquí, y me ha suplicado que la deje en su casa, lo cual he cumplido. Mas, como había Vd. manifestado deseos de que la acompañásemos, he vuelto. (Con dulzura). Si es una indiscreción, perdónemela usted

Condesa (indicándole una butaca).—¿Por qué, á más de la comedia del teatro, ha forjado Vd. la comedia de la carta?

Conde.—Condesa, permítame Vd. ser muy sincero.—Por desgracia mía, á pesar de mis afanes, no había Vd. reparado, ó no había usted querido reparar en mí. Perdíase mi voz en el coro de sus galanes. Yo, sin embargo, la amaba á Vd. con fé, aunque sin esperanza. Pero no me avenía á desistir de mi empresa; arriesgaba en ella la dicha. Como los jugadores desesperados, decidí jugar á una *carta* mi fortuna. Sabía que ni es Vd. vulgar ni lo vulgar le lisonjea; que es Vd. un tanto caprichosa, no poco amiga de lo extraño, y más novelesca—es decir más dada á salir de la estera de lo común y ordinario—de lo que usted misma confíe a y aun de lo que Vd. misma cree. Jugué, pues, la *carta.* Era un albur, señora; pero en ese albur he arrancado de mi pecho el corazón para arrojarlo sobre la mesa de juego.

Condesa.—¿Y quién me asegura que la distracción—el trueque de sobre—no fué verdad, y fingimiento lo de ahora?

Conde.—Quevedo.

Condesa (sorprendida). ¿Cómo?

Conde.—«*¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?*
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?»

Condesa (recordando).—Sí; esos versos..... yo los he leído.....

Conde.—En un ramillete de camelias y violetas que recibió usted

© Biblioteca Nacional de España

una hora antes que la carta. Ya comprenderá Vd. que dos distracciones es demasiado.

Condesa.—¿De modo que el ramillete.....?

Conde.—Lo envié como ugier, para que sirviera luego de testigo.

Condesa.—Y lo que la carta decía ¿es tan verdad ahora como entonces?

Conde.—Si era Vd. bellísima entonces, ¿lo es Vd. menos ahora?

Condesa.—¿Y ese amor.....?

Conde.—Este amor, es un amorcillo que está temblando de frío y de miedo. Tiene las alas mustias, las flechas despuntadas, el arco roto, la venda á punto de caer..... Es un niño, condesa, y á sus años el frío es la muerte.....

Condesa (sonriendo).—Mucha crueldad sería dejarlo á la intemperie. (Suena un timbre).

Casilda (entrando).—¿Llama la señora condesa?

Condesa. - Sírvenos el the. (Al conde). Es un excelente tónico para el frío. (Deteniendo á Casilda). Aguarda. Se ha apagado la chimenea; esta habitación está como un páramo.—Pon fuego y lleva el the..... (Duda, se ruboriza, y se resuelve al cabo) al *gabinete azul*..

Conde y *Casilda* (á un tiempo).—¡Ah!

Casilda (por lo bajo á su señora).—¡Gracias á Dios! Con esto no hay que mudar la corona en ninguna marca de la señora condesa. Siempre es bueno hacer economías, cuando de poetas se trata.

Condesa. -Calla, loca.—Conde, el brazo.

Conde (ofreciéndoselo).—Y la mano.

Casilda.—Supongo, señora, que no serviré el the solo.....

Condesa (deteniéndose con el conde en la puerta).—¿Pues cómo?

Casilda (mirando al conde).—Con emparedados.

LUIS ALFONSO

EL ESTÍO

SONETO

En raudo remolino turbulento
Vuela el polvo cual nube sofocante,
Y el sol candente con su luz vibrante
Quema los prados y enrarece el viento.
Corre el arroyo desangrado y lento,
La tempestad rebrama amenazante,
Las flores secas y su aroma errante
Vuelan del aire al abrasado aliento.
La noche quema con su sombra oscura,
Pero viene la lluvia del rocío
E infiltra en ella celestial frescura.
Más yo que ha tiempo que perdí la calma
¿Dónde hallaré la lluvia del estío
Que apague el fuego que me abrasa el alma?

A. ALCALDE Y VALLADARES

LA MUERTE DE UN ÁNGEL

(J. P. Richter)

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL ALEMÁN

El ángel de la última hora, á quien con sobrada injusticia llamamos la Muerte, es el mejor de todos los ángeles. En nuestro postrer momento, él tiene encargo de recoger con extrema delicadeza el corazón agonizante, y entre sus manos de fuego conducirle desde el fondo aterido de nuestro pecho, á las regiones elevadas del Edén, foco de eterno calor. Su hermano, que es el Angel de la Vida, tiene la misión de besar dos veces al hombre: la primera, para anunciarle su entrada en el mundo; la segunda, para despertarle cariñosamente en el cielo, haciéndole entrar en este lugar con la sonrisa en los labios, ya que en el mundo lo hiciera humedecidos sus ojos por el llanto.

¡Qué tierna y profunda tristeza invadió el espíritu del ángel de la Muerte, cierto día en que, de un sangriento campo de batalla, retiraba las almas de tantos héroes, palpitantes aún por el fuego extinguido de la vida! Copioso llanto bañó sus mejillas, y estas palabras salieron de su boca: «¡Ah, yo desearía morir una sola vez, á la manera del hombre, para apreciar los últimos dolores que le aquejan en su morada terrestre!»

El cielo se prestó á tan justo ruego.

Un coro innumerable de bienaventurados descendió presuroso desde las alturas, rodeó al compasivo ángel, y todos prometieron ayudarle en su benéfica obra: «Cuando te circundemos de celestes resplandores, le decían, será señal de tu muerte en la tierra.» Hasta su hermano que, como hemos dicho, entreabre con su ósculo nuestros infantiles labios, bajó velozmente al lado de aquel ángel, que ansiaba descifrar el misterio de la muerte, y exhortándole á ello, le dijo: «¡Un beso mío te indicará tu vuelta al lado de nosotros!»

Advertido por sus compañeros, quedóse ya aquel espíritu superior en el campo de batalla. Junto á un montón de cadáveres yacía tendido un joven soldado en cuyo destrozado pecho iba el corazón á dejar de latir. De rodillas, y ante él, veíase á una hermosa doncella. Las ardientes lágrimas de ésta eran estériles para reanimar aquel desfallecido tronco, á cuyos oídos llegaban los ahogados sollozos de su adorada como rumor lejano de combate.

El ángel que ve esto, cubre al soldado con sus alas, deslízase presuroso bajo los brazos de la desolada joven, oprime luego el mutilado cuerpo del herido, y, aspirando su alma con un ósculo de fuego, la hace volar á la región de su hermano, que la besa por segunda vez en las puertas del cielo. Después se introduce rápidamente en aquel despojo vacío, préstale al punto su calor divino, y vuelve á reanimar su corazón que se apagaba por momentos.

¡Cuántos dolores le produjo este inusitado cambio! Su vista antes tan luminosa, pareció quedar sepultada entre los torbellinos de un flúido nérveo; sus pensamientos, en otro tiempo tan rápidos y penetrantes, arrastrábanse con trabajo por la reducida atmósfera de su cerebro. El hambre le acosó con sus mordeduras, la sed le abrasaba la garganta. Un suspiro brotó entonces de su pecho, en memoria de aquel cielo, que por su voluntad lo había dejado.

¿Será esto, se preguntó, la muerte de los hombres? Mas como él no sintió el prometido beso de su hermano, ni vió el resplandor celeste de sus compañeros, desde luego se supuso que aquello no era otra cosa que la vida.

Ya, durante la noche, las fuerzas empezaron á abandonarle. Una pesada mole parecía girar alrededor de su cabeza, y los recuerdos del día tomaban en su cerebro gigantescas proporciones. Era el sueño que le enviaban sus mensajeros. ¡Mas tú te burlas del dormido ángel, sueño fascinador! Tú te presentabas á su alma, rodeado de mil espejos mágicos, y en cada uno de ellos dejábasle ver un coro de querubes y un cielo lleno de luminosas irradiaciones, hasta el punto de hacerle dudar de su envoltura terrestre y de las penas que ponían á prueba su resignado espíritu. ¿Será esto indicicio de mi partida? volvió á preguntarse el de la última hora, embriagado en aquel éxtasis amoroso. Pero cuando despierta y ve, á la tibia luz del sol que ya nacía, el suelo aún cubierto de cadáveres, y su armadura húmeda todavía de sangre huma, na..... «No, no es esto la muerte, exclama acongojado, sino su imagen porque he visto ángeles y firmamento.

La prometida del joven militar no se apercibió de que un habitante del cielo moraba en el seno del que creyó llamar esposo. Ella amaba todavía el monumento de su alma ausente. El ángel, á su vez, sentíase apasionado por el eterno corazón de la doncella; y satisfecho quizás del puesto que usurpara, por el placer que le proporcionaba su presencia, deseaba morir antes que ella, á fin de que después le perdonase en el cielo el engaño de que había sido víctima en la tierra. No aconteció así; tantas borrascas habían sacudido el tallo de aquella flor, que hubo de troncharse junto á la misma tumba de sus ilusiones.

Entonces rodaron por las sienes del ángel lágrimas amorosísimas, y aun creyó éste, cuando los labios de la joven se posaron sobre los suyos, que su hermano le había dado el aviso de su muerte; pero la luz del firmamento estaba allí reemplazada por una oscuridad tenebrosa, y estas sensaciones no eran, no, el término de la vida, sino el dolor que el hombre experimenta ante una muerte extraña.

«¡Infortunados mortales!»—exclamó abatido el solitario espíritu, —¿Cómo podéis sobrevivir á tantas penas? ¿Con qué nuevo corazón entráis en la lucha de la vida, cuando cae rota la cadena de los seres que más amáis en el mundo? ¿No es desconsolador que las mismas tumbas de vuestros padres, de vuestros hermanos y amigos sean otros tantos peldaños que os conduzcan al sitio donde hayáis de encontrar la vuestra?....» Esto decía, y aún los ojos de su alma estaban cerrados al espectáculo de de la humanidad arrollada ignominiosamente entre las espirales del vicio, contaminada á su pesar, como el pecho del niño envenenado por la mordedura de la serpiente. ¡Hasta el aguijón del odio hubiera penetrado en aquel corazón, que durante una eternidad había disfrutado del amor más puro!

Por último, cansado en breves horas de una vida que nosotros soportamos cerca de un siglo, sintióse atraído el ángel por la majestad del astro del día, y dirigió su vista á la bóveda azul. El sufrí-

© Biblioteca Nacional de España

miento había agotado ya todas sus fuerzas. Una palidez cadavérica invadía por momentos sus mejillas, poco antes coloreadas por los rayos del sol, y el frío de la muerte embargaba su cuerpo prestándole una excesiva rigidez. Mediante un esfuerzo supremo logró incorporarse un tanto para llevar á sus brazos el preciado despojo de su compañera, que, con ojos vidriosos é inmóviles, parecía estarle mirando; mas todo fué inútil, pues el fingido soldado, ya exánime, cayó sobre aquel mismo suelo, que tanto había humedecido con su compasivo llanto.

Un eco lejano, semejante al susurro producido por un globo que hendiese los aires, se dejo escuchar tenuamente, y una parda y ligera nube cubrió los ojos del ángel que parecía dormido. De improviso, el cielo dejó ver su deslumbrante atavío, y envueltos en caprichosos destellos aparecieron mil querubes. «¿Eres tú todavía, sueño engañador? se preguntó el Espíritu; mas su hermano, abriéndose paso entre todos, dirigióse á él, le besó con fraternal cariño, y dijo alborozado: «No, no, esto es ya la muerte.»

Abrió entonces el de la última hora sus ojos, y al derramar la vista por aquel océano de felicidad, exclamó entusiasmado: «Morir es vivir.»

Y el soldado y su prometida, que ya se habían reunido en las alturas, pronunciaron, confundidas con un beso, estas mismas palabras.

J. Martos Jiménez.

CHARLATANERÍA

Todo progresa: hasta el arte de apropiarse los relojes ajenos, sin la aquiescencia de sus dueños.

¡Vayan Vds. á comparar el robo inocente del fuego sagrado cometido por el infeliz Prometeo, con las irregularidades de esta época, llevadas á cabo con toda puntualidad, y hasta dando á sus autores un aire de personas decentes, que no hay más que pedir!

Verdad que esas son consecuencias inmediatas de la civilización; porque si las gentes honradas inventan cada día procedimientos para librarse de las que no lo son, éstas se ven en la imprescindible necesidad de aguzar el ingenio para burlarse de aquéllas, y que las cosas sigan su rumbo natural.

¿Que los unos tienen cerrojos de seguridad, candados alfabéticos, cofres de hierro, Guardia civil, policías pública y secreta, serenos?...

Pues los otros tienen ganzúas, cartas y letras falsas, diamantes americanos, cédulas de vecindad apócrifas, anuncios y reclamos en los periódicos, sociedades de seguros, bancos, fábricas clandestinas de monedas y de billetes, y sobre todo, lenguas expeditas y fáciles y portentosas que embaucan lealmente, es decir, cara á cara y por el camino del convencimiento.

¡Quién no habrá visto por ahí á multitud de personajes destinados á meter el dedo en la boca de los tontos, y á quienes el vulgo ha dado en llamarlos charlatanes, sin duda por no llamarlos otra cosa!

El género charlatán se ha perfeccionado prodigiosamente.

Cuanto más abiertos tenga los ojos la humanidad, más ingenio desplegarán los charlatanes que la explotan.

¡Ley ineludible de las compensaciones!

Al charlatán de pura raza le ha concedido la naturaleza el privilegio de hablar á destajo sin que se canse, y el de amontonar mentira sobre mentira, con toda la imperturbabilidad del que tiene serena la conciencia.

¡Y hay muchos géneros de charlatanes!

1.° El de esquina y tenderete.

Ese es un ciudadano que se coloca con una mesa plagada de cachivaches en los sitios de más concurrencia, prefiriendo las aceras estrechas, con el objeto de molestar soberanamente á los transeúntes que tienen prisa, y detener á *fortiori* al que no quiera emprenderla á puñetazos.

Así consigue tener siempre en derredor un numeroso pelotón de individuos que, en su mayoría, están plantados allí contra su voluntad, y que se ven obligados á escuchar repetidas veces la perorata de costumbre:

—Aquí tenemos, señores, la piedra maravillosa para afilar navajas. Haciendo pasar una sola vez el filo del instrumento por la superficie de la piedra, corta, en seguida, un cabello en el aire.

—¡A real! ¡A real! ¡Por solo un real la maravillosa piedra!

2.° El prestidigitador.

Ese es un artista en toda regla.

Sabe manejar con destreza los cubiletes: hace desaparecer un huevo ó un par de huevos, con sólo tocarlos con la varita mágica; hacer brotar centenares de pajaritas de papel del fondo de un sombrero de copa; sacar un reloj ó una moneda del bolsillo del espectador más avisado (por supuesto, para devolvérsela), y otras lindezas por el estilo. En los intermedios vende licor para curar los dolores de muelas, polvos insecticidas, betún extra-fino, pastillas contra lombrices, etcétera, etc.

Por de contado, la función se ameniza con solos de cornetín, y una lluvia de chistes trasnochados.

3.° El de carretela.

Ese está de pie sobre un vehículo deteriorado, *tirado* por dos *caballos* (?) y haciendo de cochero un truhán que sirve de ayudante y compinche en todas las trampas que hace su amo y señor.

Habla siempre (el amo) de sus viajes por las cinco partes del mundo, de las costumbres de los indios, de los portentosos resultados de la mercancía que vende, y todo ello en un *idioma* especial.

—Prresentoos señorres el cabesa del ogible tenia ú lombrrís solitarrio arojata par lilustre chenerral Mracolifel de los estatos de la cochinchaino par los esfuersas del líquida quen este botello sen siera Prix del botello, un peseto. ¡A peseto, á peseto!

Y el público, compra, como un tonto, el botello.

4.° El de los reclamos.

Ese no habla; escribe.

Un día—ó una noche—funda una sociedad de crédito con diez millones (ó más) de pesetas de capital, metiendo de cabeza en el consejo de administración á la flor y nata de la aristocracia, de la banca, ó de la política (y que yo aún no he podido comprender, por qué gentes tan *granaditas* prestan tan fácilmente su nombre para que á su sombra otro arruine á muchos cándidos), ó inventa agencias ó minas de plata y oro en las llanuras de la Mancha. A seguida inunda á los periódicos con bombos estupendos y noticias de relumbrón, y claro, nunca faltan incautos que se dejen cazar.

Mis queridos padres (q. e. p. d.) cayeron en uno de esos lazos, inscribiéndome en una *gran* sociedad, en la que figuraban como consejeros *grandes* hombres, y á la que representaba en Valencia otro *de confianza*, para redimirme del servicio de las armas.

Comprenderán mis lectores que perdimos el capital impuesto y la paciencia.

El día en que desaparezcan de la faz de la tierra la plaga de los charlatanes, incluso los políticos, estaremos de enhorabuena, porque indicará que la sociedad toda se ha ilustrado lo bastante para no dejarse engañar por el primer advenedizo.

Y esa será la verdadera ilustración.

Y..... basta de charlatanería.

Miguel Casañ

AYALA

SONETO (1)

Era un poeta de creadora mente;
el fuego sacro en su cerebro hervía,
vibraba en él la inspiración, y ardía
la luz divina en su serena frente.

Lanzó el *fiat* magnífico y potente,
que en claridad las sombras convertía,
y brotó de su rica fantasía
un mundo luminoso y sonriente.

¡Héroes de Ayala, gloria de su nombre!
Del arte en las regiones soberanas
el genio vive, aunque muera el hombre;

que vosotros, en épocas lejanas,
seréis firme sostén de su renombre
y orgullo de las musas castellanas.

P. Langle.

(1) Leído en una sesión dedicada á su memoria.

© Biblioteca Nacional de España

POESÍAS

POR

Carlos Fernández Shaw

Hace un año que los socios del Ateneo de Madrid aplaudían con entusiasmo los versos inspiradísimos que ante ellos leía de una manera inimitable un joven, un niño mejor dicho, que, desconocido hasta entonces, abría de una manera brillante en aquella noche y ante ellos la serie de sus triunfos.

Aquel joven era Fernández Shaw, el autor del libro que nos ocupa, y que con él, si ya en el juicio de todos no estuviera la convicción de su mérito relevante, vendría á revelar ante la opinión y ante la crítica lo inmenso de sus facultades y lo robusto de su juvenil inspiración.

Nacido á la vida poética en momentos de lucha y de controversia, en instantes en que el encono de la pelea sólo produce como consecuencias necesarias é inmediatas exageraciones punibles, en los campos que libran la batalla, ó aislamientos glaciales, muralla donde el ánimo apocado ó venal se cobija para evitar los golpes de una crítica acerba, y conquistar el frío aplauso del censor indiferente, era para Shaw, como para todos los que en esta época penetran en el campo de la literatura, difícil el camino, é incierta y casi inaccesible la codiciada meta.

Los antiguos ideales, desvanecidos; no fijos, ni áun iniciados siquiera, los que han de sustituirles; sólo el sentimiento individual, sólo la inspiración propia, sólo la clarvidencia misteriosa del artista verdadero, son guías ciertas que pueden señalar el camino oculto, y mostrar la ruta verdadera.

Y Sahw la ha hallado en ellos. Tal vez la misma exuberancia de sus facultades lozanas sea en momentos dados perjudicial á sus producciones; pero ¡feliz el que en sus mismos defectos tiene el germen expulsativo de sus faltas! Donde existe de sobra, puede la segur del buen gusto y de la crítica acertada concluir sin trabajo la comenzada obra, y más vale en todos los tiempos y en todas las cuestiones pecar por carta de más que por carta de menos.

Ni es este el momento ni el sitio oportuno para hacer un examen detenido y minucioso de sus obras, ni de señalar sus pocos defectos, ni de enumerar sus múltiples bellezas.

Sus composiciones, divididas en tres partes, *Cantos*, *Narraciones* é *Intimas*, tienen, á pesar de lo distinto de los géneros y de lo distantes que unas de otras se encuentran, por la época en que se escribieron y por el asunto que desarrollan, tienen siempre una nota común, lo fogoso, lo atrevido en concepto, lo luminoso de la imagen, y lo gallardo y lo lozano de la forma.

Nerón, acaso el más inspirado de sus cantos, es una *oda* de sentimientos levantados, plagada de arranques generosos y de acertados símiles. La forma sujeta siempre á un número amplio y flexible, no abandona un solo instante el ritmo majestuoso de la cadencia heroica, y el pensamiento corre bajo sus versos dulces y sonoros, como pudiera correr un río bajo la bóveda perfumada que formaran al enlazarse las flores de las orillas.

El *Año Nuevo*, la última acaso de las composiciones todas que el tomo encierra, es también, á nuestro juicio, la de valía mayor. Ya libre del yugo del romanticismo, que toca con su mano de fuego á todas las imaginaciones fogosas, el poeta se abandona en ella á consideraciones profundas, dominado por un espíritu más de lo real, pero siempre lleno de nobleza y de pasión.

Dice así, hablando del amor, con versos dignos de la musa griega:

Entre curvas de fuego
Y en los brazos de Amor que es loco y ciego
Llorando corre la infeliz *Francesca*,
Alzando aquel puñal, que brilla luego
Con trémulo fulgor de sangre fresca,
Y *Beatriz* á su lado
El ángel cuyas luces han rasgado
La sorda angustia y confusión dantesca
Del cielo se disipa en las regiones
Y goza el triunfo de su eterna suerte,
Bendiciendo en tiernísimas canciones
Aquel amor que vive hasta en la muerte.
Cleopatra, con el áspid sobre el pecho
Siente á la inmensidad en sus pesares,
Lemor batalla con angustias locas,
Y *Saffo* se retuerce sobre el lecho
Al rugir de las olas de los mares
Que, la aguardan, rompiéndose en las rocas.
La de los puros, cándidos amores
Y ojos azules y cabellos de oro,
La hermosa *Ofelia*, coronada en flores,
Va diciendo al gemir «Hámlet, no llores,»
¿Por qué tanto llorar si yo te adoro?
Allá repite el aura
En la selva, que oyéndole, suspira
Ya el blando acento de la dulce *Laura*
Ya el ¡ay! doliente de la triste *Elvira*;
Y allá con lirio y rosa
Y flor silvestre sobre el blanco seno
Va *Flérida* también, *dulce y sabr sa*
Más que la fruta del cercado ajeno.....

Las narraciones son leyendas llenas de color local, de detalles magistrales, y de diálogos vibrantes y apasionados.

De ellas más que de las demás partes del libro de Fernández Shaw se ha ocupado ya la prensa, y ha juzgado la opinión.

Una factura fácil y correcta siempre; una imaginación fresca y audaz, en todos los instantes, son la nota común de todas ellas, sobre todo la de *La Loca del Castillo*, la más concluída y la de superior valía á nuestro ver.

Las *Intimas*, por último, son como su nombre lo indican, algo de lo más escondido del alma del poeta. Tal vez sea por eso, tal vez por reflejar sentimientos personales y por cantar subjetivas impresiones, por lo que creemos hallar en ellas mayor fuego é inspiración más abrasadora que en las poesías que las preceden.

Rebosan en ellas las dudas infundadas, las voluntariedades estériles, el fuego contenido del primer amor adolescente. Hay algo allí que vive y que inspecciona, más que todos sus arranques líricos; y la mujer á quien el vate canta, llega á más cerca de nosotros que los Cleopatras, las Francescas, y las Leonoras tiernas, y las Fléridas sabrosas.

Aquella forma sencilla, correcta y severa; aquella forma castiza y gallarda, sin huecas hipérboles y sin símiles conceptuosos, llega hasta el alma por camino seguro; al llegar á esta parte del libro, el poeta se ha salvado. El amor, la gran inspiración ha llegado hasta él, y ha rozado su frente con sus alas.

Deus est in nobis.

Entre todas las composiciones de esta parte del libro, que no son pocas, y todas en mérito igual, citamos sin darle la preferencia este soneto, modelo en su género.

NO TE OLVIDES

De pie, mirando la fatal ribera,
Y la onda muda en la corriente helada
Aguardo el resplandor de una alborada
Que allá lejos, muy lejos reverbera.
Los años volarán en su carrera
Y aguardará mi amor..... ¿No sientes nada?
Ya veremos al fin de la jornada
Quién vive, quién sucumbe y quién espera.
Náufrago errante y en peñón desierto
Sacrifico las glorias de mi vida
Al dolor de un afán, siempre despierto.
Si triste, un día, hasta mis rocas vienes,
Saldré al paso á decirte: ¡Bien venida!
¡Tuyo fuí! ¡Tuyo soy! ¡Aquí me tienes!

—

Preciso es terminar, y terminamos saludando en el novel poeta una esperanza segura, una realidad más que una esperanza, de esta lírica española, que hoy ilustran tantos nombres insignes, lumbreras de la actual literatura europea.

José J. Herrero

CANTARES (1)

I

Yo de color voy vestido,
tú vas vestida de negro,
yo llevo luto en el alma,
tú llevas luto en el cuerpo.

II

No juzgaran imposible
el vivir sin corazón,
si te hubieran conocido
como te conozco yo.

III

Cómo se tocan hermosa
en el mundo los extremos;
tú cerca ves una boda,
yo cerca miro un entierro.

(1) Escritos para la nueva edición del libro *Notas perdidas*.

© Biblioteca Nacional de España

IV

Doy un pedazo de pan
á un pobre y me lo agradece,
y á tí te he dado mi vida
y ni saludarme quieres.

V

Iba á morirme y el médico
dijo cuando le llamaron;
«yo no tengo medicinas
para curar desengaños.»

VI

Nunca lloro en alta voz
con mis recuerdos alegres,
son tan débiles que temo
que hasta el aire se los lleve.

VII

Miré con llanto en los ojos
el sepulcro de mi padre:
¡qué estrecho me parecía
y mi corazón qué grande!

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR

NOCHE SERENA

La luna se remonta sobre las copas de los árboles; un ruiseñor hace oir los tres tonos graves y fuertes, sobre la misma nota, que forman el preludio de su himno á la noche y al amor.

El Ruiseñor. La luna sube silenciosa al cielo; la ambición, la intriga y el trabajo están dormidos; no los despertemos; todo el día ha sido suyo, pero la noche es nuestra.

¡Bellas acacias, cuyos penachos verdes se extienden sobre nuestras cabezas, sacudid vuestros racimos de blancas flores, rociad la tierra con vuestros aromas!

Deliciosas violetas, rosas encantadoras, el perfume que guardáis con avaricia durante el día, exhaladle de vuestras corolas, como las almas exhalan su perfume, que es el amor.

Los gusanos de luz se buscan entre la yerba; parecen estrellas caídas del cielo que han venido en busca de sus amores.

La Corneja. No hay en el año más que algunas noches como esta; no hay en la juventud más que algunas primaveras; no hay en la vida más que algunos días, no hay más que un amor en el corazón!...

Todo tiene envidia del amor, hasta el cielo mismo, porque carece de felicidades iguales para repartir entre sus elegidos.

El infortunio vela y busca; ocultad vuestra felicidad! ocultad vuestro amor! sed dichosos en silencio!

Toda felicidad se compone de dos sensaciones tristes: el recuerdo de la privación en lo pasado, el temor de perderla en el porvenir.

El Ruiseñor. Bellas acacias, cuyos penachos verdes se extienden sobre nuestras cabezas, sacudid vuestros racimos de blancas flores, rociad la tierra con vuestros aromas!

Madreselvas, jazmines, ocultad en vuestros entrelazados laberintos á los amantes que os pidan asilo. Hacedles nidos de flores perfumadas.

La Corneja. El infortunio vela y busca. ¡Ocultad vuestra felicidad! ¡Ocultad vuestro amor! ¡Sed dichosos en silencio!

Tú, pobre amante, que vives de tus recuerdos, que te alimentas con tus memorias, que atesoras tantas prendas de amor, oculta bien la historia que llena tu vida entera; guarda bien tu tesoro: no veas en ella más que lo que fué, no veas lo que es. ¿Qué importa que ignore todo lo que has hecho por ella? ¿Qué importa que no te comprenda? ¡Está orgulloso de tí mismo!

El Ruiseñor. ¿Qué es lo pasado? ¿Qué es el porvenir? Los rudos contratiempos de la vida no pagan bastante una hora de amor, en una altura donde no lleguen las miradas del mundo, bajo un cielo de purísimo azul. ¡Mil años de suplicio por un beso!. ...

La Corneja. Vosotros, amantes dichosos, cuya felicidad se desborda de vuestras almas, pensad que llegará día en que seréis avaros de ella y la ocultaréis en vuestro corazón, como el mayor de los bienes.

Pasaréis el uno junto al otro, y nada os dirá que estáis tan cerca; abriréis vuestros ojos y no se encontrarán vuestras miradas; se tocarán acaso vuestras manos secas, y el corazón no se estremecerá: no os acordaréis de vuestro nido, no os acordaréis de esta noche, y si os acordáis, será como de una locura pasajera, como de una imprudencia que os expuso á constiparos: después..... después, todo se irá desvaneciendo, desvaneciendo, y moriréis!

El Ruiseñor. Sí, moriremos; pero la muerte no es más que una trasformación; después de la muerte saldremos de la tierra, fecundada por nuestros cuerpos, y brotarán á nuestro lado siemprevivas y madreselvas, que exhalarán perfumes en noches tan bellas como esta.

Y tú, Corneja, ¿no tienes tambien amores? ¿no buscas con quién cambiar tristes caricias, entre las ruinas y los sepulcros?

Bellas acacias, cuyos verdes penachos se extienden sobre nuestras cabezas, sacudid vuestros racimos de blancas flores, rociad la tierra con vuestros aromas!

A. DE LACROIX

NOTA

Por causas agenas á nuuestra voluntad, se ha retardado la aparición del presente número.

MADRID.—Establecimiento tipo-litográfico, Real, 1.

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA

DE LA

BIBLIOTECA UNIVERSAL

CALLE REAL, NÚMERO 1 CUADRUPLICADO, (CHAMBERÍ)

Montada al vapor, y con arreglo á los adelantos hasta hoy conocidos

Se hacen periódicos, revistas ilustradas, membretes, estadística, circulares, tarjetas, cromos, y todo lo perteneciente á imprenta y litografía.

© Biblioteca Nacional de España

ANUNCIOS

GRAN HOTEL DE MADRID

Mayor, 1

Lujosas y cómodas habitaciones, con un trato excelente.

SAN MARTIN

PUERTA DEL SOL, NUM. 6

Librería.—Centro de suscriciones.

BALAGUER

SASTRE

Géneros de alta novedad, confección elegantísima, y una baratura hasta hoy desconocida.

CARMEN, 10

La Mosaïque

Revista mensual pintoresca de todos los tiempos y países

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

En París, seis meses 3'50 francos.—Un año, 7.—Departamentos, un año 8'50.—Seis meses 4'25.

OFICINAS: 13-15 QUAI VOLTAIRE

LES MATINÉES ESPAGNOLES

NOUVELLE REVUE INTERNATIONALE EUROPÉENNE

ANECDOTIQUE, ARTISTIQUE ET LITTÉRAIRE

PAR LE BARON STOCK

AVEC LA COLLABORATION DES PRINCIPAUX ECRIVAINS CONTEMPORAINS

CONDITIONS DE L'ABONNEMENT ANNUEL

Pour Madrid, l'Espagne, le Portugal, l'Italie, la France et tous les pays, compris dans l'union postale: prix unique **50 francs ou pesetas.**—Pour l'Angleterre 2 livres 5 shellings.—Pour l'Allemagne, la Russie et toutes les autres contrées, le tarif spécial en sus de l'abonnement.—Les abonnements peuvent se faire en envoyant un bon de poste, ou bien un billet de 50 francs ou pesetas par lettre chargée ou encore un mandat à vue sur Madrid, à l'adresse de M. le baron Stock, calle Montalbán, 6, Madrid.—L'Administration se charge des recouvrements.—Les dépositaires accrédités pour chaque pays seront indiqués dès le primier numéro.—Chaque numéro séparé se paya deux francs.—La vente du numéro se fait a Madrid chez M. Bailliére et chez M. Fe; á Paris chez M. Marpon, éditeur-imprimeur, et pour les autres pays chez tous les correspondants.

LIBRERÍA GUTTENBERG

OBRAS NUEVAS

Pineyro, Poetas franceses del siglo XIX, 7'50 pesetas.—*Navarrete*, Mar [illegible] Angeles, 5.—*Navarrete (R)*, Crimen de [illegible] viciosa, 8.—*Leopardi*, Diálogos filosóficos, 2'50.—Informe sobre la aptitud genésica del Conde de San Antonio, 0'50.—Espejo moral de clérigos, 1.—*Mourelo*, La Radiofonía, 4.—*Huidobro*, Manual de higiene militar, 8.—*Cortijo*, La caballería en los ejércitos modernos, 2.—*D. A. S.*, La medicina sin médico, 2'50.

Príncipe, 14 (Teatro de la Comedia)

CHACORYS Y COMPAÑÍA

ZAPATERO DE S. M.

PREMIADO EN VARIAS EXPOSICIONES

PRINCIPE, 22

Ofrece al distinguido público de Madrid las obras de su industria. Garantiza la solidez, comodidad y buen gusto de ella.

LA DIANA

REVISTA QUINCENAL DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Esta publicación, que consta de 16 páginas de escogida lectura, aparece los días 8 y 22 de cada mes.

Los amantes de las letras y las ciencias, encontrarán en esta Revista una propaganda decidida y entusiasta de los adelantos de la presente época, á la vez que un medio de seguir el movimiento intelectual y político de todas las naciones.

Precios de suscrición

España: 6 pesetas trimestre; 20 año.—Resto de Europa: 25 francos por año.—Ultramar: 6 pesos fuertes por año.

La suscrición en provincias se hará como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mutuo, letras ó sellos de comunicaciones; optando por este medio, deberá hacerse bajo certificado. El pago, siempre adelantado.—Para la suscrición, diríjase la correspondencia al administrador de la Revista [illegible].

Precios de los anuncios

España: 25 céntimos de peseta línea.—Resto de Europa: 50 céntimos de franco línea.—Ultramar: 2 reales sencillos línea.

Reclamos y comunicados, precios convencionales.

OFICINAS: Plaza de la Independencia, 10, tercero derecha

© Biblioteca Nacional de España